

**Relatos
breves**

RONDA
somontano

PEDRO SOLANA

**EXPERIENCIAS DE UNA VIDA EN LA
MONTAÑA, LA AVENTURA Y EL DEPORTE**

Relatos breves publicados por Pedro Solana en Ronda Somontano

Ronda Somontano

EXPERIENCIAS DE UNA VIDA EN LA MONTAÑA, LA AVENTURA Y EL DEPORTE

PEDRO SOLANA

Recopilación de relatos breves publicados por Pedro Solana
en Ronda Somontano y en El Cruzado Aragonés



Ronda Somontano
www.rondasomontano.com

Copyright © texto: Pedro Solana, 2015.

Copyright © portada: Alejandro Lansac, 2015.

Copyright © de las fotografías de las páginas: el autor.

Copyright © de esta edición:

Ronda Somontano, 2015

Barbastro (Huesca)

www.rondasomontano.com

redaccion@rondasomontano.com

Fotografía de portada: Alejandro Lansac

Experiencias de una vida en la montaña, la aventura y el deporte

Pedro Solana

Publicado en noviembre del 2015

Obra de distribución gratuita

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Depósito legal: exento.

ÍNDICE

	<i>Presentación</i>	<i>4</i>
<i>I.</i>	<i>Gracias a ti, río Vero</i>	<i>6</i>
<i>II.</i>	<i>Pirineos catalanes con alforjas y... a pedales</i>	<i>16</i>
<i>III.</i>	<i>Cotiella, la blanca dama</i>	<i>42</i>
<i>IV.</i>	<i>La otra dimensión del esquí</i>	<i>51</i>
<i>V.</i>	<i>El abrazo de los aludidos</i>	<i>68</i>
<i>VI.</i>	<i>¡Como viejos rockeros...!</i>	<i>82</i>
<i>VII.</i>	<i>De Ordesa al Mont Blanc... ¡El gran salto!</i>	<i>91</i>
<i>VIII.</i>	<i>Con esquís entre cuatromiles de los Alpes.....</i>	<i>105</i>
<i>IX.</i>	<i>¡Pobre Monte Perdido...!</i>	<i>120</i>
<i>X.</i>	<i>El efecto comunicador de Diego Ballesteros</i>	<i>123</i>

Me resulta muy grato presentar en Ronda Somontano este libro de experiencias en formato eBook. En cada uno de sus relatos pretendo mostrar y animar, sobre todo a los más jóvenes, a vivir la experiencia del montañismo, de la bicicleta o los esquís así como un barranco tan maravilloso como el Río Vero. Con estos relatos y con mi experiencia quiero proclamar que, sin haber llegado a cruzar océanos entre continentes lejanos, se puede llegar, muy, muy cerca de nosotros, a llenar cuántas vidas montañeras fuéramos capaces de vivir en territorios tan queridos como nuestros Pirineos o macizos de Europa tan cercanos como los Alpes. En el interior de cada relato no sólo vais a encontrar una sucesión de acontecimientos, puedo asegurar que en cada una de estas aventuras ha habido algo, alguna anécdota, accidente o circunstancia que os hará comprobar que hay algo más de humano y espiritual, incluso de cómico, cuando se quiere practicar el deporte de aventura desde la más humilde de las apuestas desarrolladas siempre entre unos amigos o con un club tan querido como Montañeros de Aragón de Barbastro. La experiencia del deporte siempre enriquece, en lo personal o en el espíritu que sabe aprender a sufrir, a compartir y a sentir a quien se ha atado contigo como uno mismo. Quizá entre esos amigos tan importantes debería citar a Diego Ballesteros a quien desde sus comienzos apoyé y compartiendo aventuras llegué a disfrutar como mínimo de su humanidad tan compañera y de su energía inagotable. Dinámicas asamblearias como la plataforma «Barbastro en bici» o encuentros montañeros de hermanamiento entre franceses y españoles se han sucedido siempre como escenarios en los que subirse y representar la trama de una vida vivida y plasmada siempre en esas aventuras, excursiones con esquís y rutas a golpe de pedal. Si este libro os sirve como testimonio y distracción sería la gran alegría para quien os ha dedicado muchos ratos agradables escribiendo todo lo que se escondía en lo más profundo de la memoria. De cualquier forma, aprovecho la circunstancia para enviar a todos un gran abrazo de vuestro amigo Pedro Solana Murillo.

Barbastro, noviembre del 2015

Gracias a ti, río Vero

La ciudad del Vero

Los ríos son a la tierra lo que los apellidos a un nombre. Ríos, tierras y ciudades están juntos desde siempre. A todos nos evocan cosas hermosas palabras como Mesopotamia, el Nilo, el Ganges... que a la postre son cunas donde se mecieron las más antiguas civilizaciones.

Cada ciudad, sea grande o pequeña, suele ir acompañada de un apellido que, por sí solo, a veces es capaz de darle el encanto suficiente para atraer a las gentes a visitarla. Támesis, Sena, Danubio... son apellidos de las más distinguidas ciudades europeas.

Nuestra Península, ya antes de que llegaran las grandes civilizaciones, se vinculaba toda ella al nombre de Iberia. El río Ebro se convertía así en referencia de tierras y gentes. Hay ciudades en España que, de tan afortunadas por estar a orillas de un río, prefieren que se las cite por su apellido. La ciudad del Pisuerga, del Duero, del Guadalquivir...y ¡cómo no!..., del ya citado Ebro. Lástima que, a veces, estos ríos han sido de alguna manera olvidados por sus ciudades. Algunas de ellas han crecido a sus espaldas.

Lo que pasa con los ríos, a veces es parecido a lo que nos pasa en nuestras relaciones con los demás. Todos tenemos cerca algún pariente o conocido, algún niño, en fin alguien cercano al que queremos desde siempre pero que, llegado el momento, sin que nos demos cuenta un día se va, por ejemplo a estudiar... a trabajar fuera, o simplemente crece y llega a ser relevante, quizás muy conocido por todos y... proclamamos sin disimulo y a la vez gratamente sorprendidos: ¡Quién lo iba a decir! ¡Qué suerte el haber convivido con él y tenerlo tan cerca...!

Se dice que nadie es profeta en su tierra; puede ser, pero en el caso de que su voz se oiga y se le respete nos hace ver y compartir con alegría nuestro origen común. Algunas joyas brillan por sí mismas, independientes al filón o al gemista que las ha pulido. Todos hemos visto brillar en un momento dado, algo que... de tan cotidiano, de tan cercano... nos resultaba anodino.

Después de esta introducción me vais a permitir que lance una pregunta: ¿Cómo llaman a los de Barbastro? «los del «Barranqué». Pero, además, Barbastro es: «La ciudad del Vero», este es el apellido. Amigos, podéis creerme, ¡no sabéis hasta qué punto es un honor para los barbastrenses que éste, a veces riachuelo escaso, otras, amenazante y desenfrenado torbellino, les acompañe desde siempre!



La naturaleza es el escenario de un rico y milenario patrimonio.

La fiera que se enoja y se apacigua

El río Vero, desde hace algunos años, atraviesa la ciudad igual que los niños acuden el primer día a la escuela: de la mano, custodiado o, para ser más exacto, canalizado. Yo mismo, que viví más de treinta años en su orilla, recuerdo, como si fuera ayer, que en el otoño de 1963 me alejaron de él y de mi hogar mis padres llevándome en brazos y con el agua en sus rodillas porque temían, como el resto de los vecinos, que la

casa fuera arrastrada por la enorme riada. En aquel tiempo al Vero se le temía y mucho. ¿Sabéis?, los que conocemos este río, ¡bueno! nos parece que lo conocemos... ¡Ya quisiéramos!... decimos que a veces, es como una fiera. Sí sí... pero, una fiera es ante todo, un ser vivo; que se enoja unas veces y que duerme y se apacigua otra. El Vero, como todo buen ecosistema fluvial, es algo que, en su discurrir, cambia constantemente y sigue un ciclo vital, con avenidas «enojosas» unas veces, y con estiajes que se repiten inexorables como los sueños de una plácida noche veraniega.

He dicho que conozco un poco al Vero; admito que es sólo un poco, porque de verdad, cada vez que recorriéndolo me detengo para levantar la vista, descubro algo nuevo, algún rincón inesperadamente curioso.



El Vero es el cañón calcáreo más bonito de Europa.

C'est très beau...superbe!

Hace más de diez años que tengo la gran suerte de acompañar y mostrar el comienzo de este río: «El cañón del Vero». Son muchos los que quieren recorrerlo; algunos vienen de muy lejos, sobretodo del país vecino. En Francia es muy conocido y admirado. Me da un poco de tristeza reconocerlo pero es más valorado que en España. De todas formas, no creáis, aquí, en nuestro país, nuestros vecinos de ambos lados de Aragón también acuden en masa a disfrutarlo.

Hace unos años, unos franceses, extasiados como todos dentro de los oscuros, me aseguraron que al Vero se le consideraba el cañón calcáreo más bonito de Europa. Me quedé un poco sorprendido de lo que oía y les agradecí sus palabras porque venían de personas que, en general, viajan mucho y son grandes amantes de lo bueno, de lo exquisito. En cierta manera, a la vez que me sentía honrado por el comentario, estaba pensando que ellos decían eso porque lo sentían también como algo suyo, ¿sabéis por qué?, pues porque desde Lucien Briet a Pierre Minvielle, desde los albores del siglo XX hasta bien entrada su primera mitad han sido voces francesas las que le cantaban o pintaban; como los que vienen ahora que, sin excepción, cuando se internan en el primer «caos» balbucean: «C'est très beau...superbe!».

Lo que todo barranquista espera de un guía

En estas líneas no quisiera describir todas las bellezas de las gargantas del río Vero como único objetivo. Simplemente intento reflexionar y transmitir la emoción y alegría que siento cada vez que acompaño a los grupos, cualquiera que sea.

Cuando conduces un grupo, ¿qué se espera de ti?, ante todo se te presupone la seguridad, como a los militares el valor. Todos los acompañantes iniciamos el descenso con explicaciones sobre el

itinerario; damos consejos sobre cómo progresar, mantener siempre un mínimo de disciplina y atender a la pauta que marca el guía. Les dices, incluso, que no bajen nunca la guardia, ¡ojo con los pequeños saltos!, siempre puede haber un esguince y, entonces, se acabó el disfrutar.

La gente, al principio, te observa. Poco a poco tú vas facilitando el acercamiento; les cuentas en el comienzo del río muchas cosas... historias que les has oído a los ancianos de Lecina sobre el molino, los azudes y huertos, los campos de cultivo, la romería a la ermita de San Martín de la Choca, que además, y por decreto, es un maravilloso refugio para la aves rapaces. Señalas una misteriosa verja allá en lo alto, en un abrigo donde les dices que se esconden las pinturas rupestres, símbolo de todo un Parque Cultural (avalado por la UNESCO) y testigo de aquellas tribus nómadas de cazadores que pintaban los animales de los que se alimentaban, como para que el destino les facilitara cada día el éxito en sus batidas comandadas por los fuertes de la tribu. Esto se lo cuentas mientras vas señalando los buitres, siempre presentes.

La contemplación

El rito que intento conservar en cada descenso del río Vero comienza con una propuesta clara: dar un paseo. Este barranco sólo tiene una pega: es muy largo. Siempre hay que economizar las fuerzas, pero sobre todo propones un fin al grupo que acompañas: la contemplación. De la enormidad de los paisajes, sinfonía de colores, ocres, rojos, verdes, rocas casi blancas y aguas verde esmeralda. Aguas con mucha cal, que impregna todo lo que acaricia. Trozos de madera que se convierten en piedras como por arte de magia. Cantos rodados unidos en capas superpuestas. Todos los obstáculos acaban por la fuerza del agua y de la cal en formas redondeadas, suaves, casi siempre armoniosas.

Ayer mismo, a un grupo de turistas catalanes, les hacía una sugerencia medio en broma: las estructuras de estas rocas calizas suaves me

recordaban las redondeces transgresoras y singulares que aportaba Gaudí a sus construcciones.

Beber de una misma copa

La dinámica del grupo, en condiciones normales, es casi siempre parecida. La gente te escucha, te sigue, y tú sólo tienes un deseo como guía: agradar. Hablas de muchos temas: fútbol, vino..., intercambias con los franceses las cosas que compartimos y que nos hacen parecer más iguales; somos, al fin y al cabo, miembros de una misma comunidad.

El verano pasado llevé a muchos franceses del sur. Un grupo de Burdeos escuchaba complacido que sus vinos estaban entre los mejores del mundo. A la vez les pedía que no se fueran de aquí sin probar un buen vino del Somontano acompañado de ternasco. Al final del día me regalaron una botella de Burdeos «sucré».



Un grupo de barranquistas con su guía.

Bienvenidos al Vero: el descenso más lúdico

En los descensos de barrancos la gente a veces anda muy preocupada en cuidarse cuando los metes por los agujeros de los «caos». Les comentas que el cambio climático también afecta al Vero. Estos últimos años el caudal ha bajado ostensiblemente pero esto, a su vez, ha facilitado el que ahora nos podemos adentrar por todas las rendijas de este «gruyere» de cal.

La alegría acaba por instalarse en el grupo; mientras quedan fotos en las cámaras acuáticas, y sobre todo al final, las instantáneas se hacen de todos los compañeros, aunque sean de distinta procedencia. Y con la firme intención de mandarlas por correo.

El recorrido es equilibradamente desigual. Hay zonas de descanso. Todos callamos, pues también gusta caminar en silencio. Tú lo rompes cuando les dices: ahora viene un «caos» muy majo. Les marcas un salto de los habituales y estallan las risas. Después, ¡ahora viene un tobogán! El ambiente lúdico aumenta, aseveras entre risas, ¡bienvenidos al Vero, el descenso más lúdico!

La carga física que soporta el guía es muy grande, sabes que en muchos sitios te pasan casi todos por tus brazos; les pones las rodillas o los hombros para que las pisen o se apoyen. Sin darte cuenta les transmites confianza y la gente te respeta. Pero cuando acabas el último «caos», que es largo, muy cubierto, y como todos los «caos», con muchas penumbras pintadas de blancos y redondeados bloques, te acercas y les dices: la dificultad ha terminado. Bueno, ¿qué os ha parecido?, —ha sido muy bonito, de verdad, ¡gracias! —dicen uno a uno. No falla, todos acaban igual, agradeciéndote el que les hayas mostrado tu rincón más querido del Somontano. A veces te califican con cariño: «Merci, tu es très sympa...».



El Vero es como un "gruyere" de cal.

Hasta el año que viene

Ahora hay que subir hasta Alquézar, no os preocupéis, subiremos a ritmo lento, conozco bien el paso que debemos llevar y que me enseñaron montañeros veteranos, ¡no os cansaréis...!

Acabamos todos juntos tomando unas cervezas en torno a una mesa de terraza. ¡Qué tertulias tan agradables! Ahora es cuando, relajado por completo, celebro yo como el que más este final feliz.

Intercambio de correos electrónicos, y mucho cariño en la despedida: ¡Hasta el año que viene...! Y muchas gracias a ti, río Vero.



Realizar un barranco es una aventura inolvidable.

Pirineos catalanes con alforjas y... a
pedales

Dos amigos y un reto deportivo a cumplir en 8 días a golpe de pedal

Amigos, debajo de este título hay, creo, una oportunidad. Tenía muchas ganas de narrar los hechos que siguen y al fin, puede ser el momento. Tras dos años relatando aventuras en la nieve, en los barrancos o con los senderistas hoy voy a intentar describir cómo viví este mes de julio de 2009 una aventura especial en bicicleta de montaña junto a un compañero también muy especial y que no es otro que Diego Ballesteros.

Esta no es una aventura cualquiera, aunque no es ni mucho menos una hazaña a las que Diego nos tiene acostumbrados pero, de verdad, es algo que no me atrevo a recomendar hacer a todos, como tampoco recomiendo a todos alguna otra actividad tan «sufridora» como el esquí de montaña. Se trata del tramo catalán de la travesía Transpirenaica en bicicleta de montaña por pistas que discurren, más o menos desde el inicio, paralelas al sendero de Gran Recorrido GR 11. Este tramo pirenaico, después de meditarlo, lo resumiría como una mezcla de Camino de Santiago de ida y vuelta comprimido en ocho jornadas de las cuales en todas y cada una de ellas acabas tan cansado como en una Quebrantahuesos pero sin llegar a agotarte como en esta ruta emblemática.

Este verano, a final de junio, ya se habían iniciado los contactos entre nosotros con la idea de pasar unas jornadas de nuestras vacaciones haciendo BTT. Puede que fuera reponiendo fuerzas en Sabiñánigo después de nuestra última cita con el cicloturismo más auténtico de la Quebrantahuesos 2009 cuando Diego me propuso la Transpirenaica.

Para mí era increíble su gran disposición después de su año triunfal, no sólo por la gran aventura culminada en Pekín en el verano del 2008, sino por su excelente papel desarrollado, junto a sus amigos, en la Nissan Titan Desert vivida en Marruecos o en las 24 horas de Montjuic por equipos. Estaba cantado que le surgirían compromisos con tantos

amigos y conocidos, verdaderos compañeros de viaje de sus más recientes retos deportivos.

Pues no. Diego se reservaba poco más de una semana para su amigo Pedro. Quizá recordaba que ya se lo pedí en el aeropuerto del Prat recién llegado de China y rodeado de su familia y amigos en un emotivo recibimiento.

Para encadenar bien los instantes previos a esta travesía pirenaica, os diré que estuvimos el sábado 11 de julio junto a nuestros queridos compañeros, Carmen Guardia, José Masgrau y Javier Galindo guiando, animando y casi aupando a dos estupendos amigos médicos del Hospital de Barbastro hasta la cima del Aneto.

Mejor entrante imposible antes de hincarle el diente a esta patata caliente cocinada en «petit comité» entre Diego y yo y digerida en ocho días a golpe de pedal.



Diego Ballesteros y Pedro Solana, respectivamente, en medio de su aventura en BTT.

Cambiar el sillón por el sillín

En mi opinión es así mismo, a golpe de pedal, como podremos romper viejos esquemas que nos unen, o mejor, nos atan (por favor, siempre con el preceptivo cinturón) a los coches, a los aviones, a los largos viajes, sentados en cómodos sillones sin pensar a costa de qué nos movemos, por ejemplo en unas vacaciones placenteras. Pues, señores, es a costa de seguir emitiendo gases que aumentan el efecto invernadero, de provocar que nos acerquemos poco a poco al desastre que supondría el que dentro de veinte años el casquete de hielo del Polo Norte se derrita por completo. Es la última advertencia hecha por la ONU y aparecida en todos los medios estos días.

Creo que no sólo hay que romper los esquemas de nuestros viajes de vacaciones. Ciñéndonos al día a día de cada uno de nosotros, os pido que reflexionéis conmigo. ¿Cuándo nos decidiremos a utilizar todos, nuestras bicicletas para movernos por la ciudad desde el desplazamiento diario al trabajo hasta nuestras escapadas para tomar un café, comprar el pan o el periódico? Barbastro se cruza en veinte minutos a pie y en mucho menos pedaleando. Entonces, ¿por qué casi todos los barbastrenses usamos y abusamos tanto de nuestros vehículos a motor?

De verdad, si con este relato o con el magnífico libro, a punto de publicarse, sobre la aventura de Diego Ballesteros en Pekín logramos hacer reflexionar a alguien sobre la necesidad de una vez por todas de romper este círculo vicioso y cambiamos nuestra actitud para hacer de nuestra vida en el planeta Tierra un proceso equilibrado que nos acerque al desarrollo sostenible, habremos conseguido eso con lo que de verdad nos comprometemos y a la vez soñamos al describir estas aventuras tan ciclistas como montañeras.

Amanecer en el rincón más oriental de la península

Este relato me viene inspirado por recuerdos y, también, por las muchas fotografías tomadas antes y durante nuestro viaje. Voy a intentar dejar clara la referencia de alguna de ellas para ilustrar mejor lo que os quiero contar. De verdad, los primeros instantes de esta transpirenaica fueron de cuento de hadas.

El comienzo habitual suele ser en Llançà, pero en nuestro libro de ruta habíamos elegido el paraje protegido Espai Cap de Creus para, tras una cena frugal en el único restaurante que hay, un lugar acogedor, tranquilo y mágico, íbamos a iniciar la aventura pisando fuerte con una noche de vivac durmiendo bajo el faro de Creus «à la belle étoile».

Aquella primera noche me acosté en la colchoneta casi tal cual vine al mundo sobre el saco de dormir a causa del calor con la sola ilusión de ver un amanecer desde el rincón más oriental de toda la Península.

Lo cierto es que el lunes 13, cuando despuntaba el alba, estábamos inmersos en una densa niebla y a la vez en una nube de mosquitos que nos hicieron pegar un brinco para vestirnos rápidamente y no dejar así terreno al picotazo vil.

No paramos de echar fotos hasta que el sol hizo acto de presencia junto con un azul muy brillante de nuestro viejo Mediterráneo no muy bravío aunque empecinado en entrar y salir por las profundas oquedades de las calas que conforman esta maravillosa costa catalana.

Recuerdo que empecé a pedalear embelesado por el paisaje que se aparecía desde la angosta carretera que, en un breve ir y venir de curvas arriba y abajo, en tan sólo seis kilómetros nos conducía a Cadaqués, localidad bonita donde la haya. Allí tomamos un café con brioches mientras veíamos en directo uno de los últimos encierros sanfermineros.

Desperté pronto de mis sueños donde imaginaba a Salvador Dalí paseando por aquellas angostas callejuelas decoradas con pintura blanca, cuando al salir del pueblo empezamos a subir por un camino increíblemente empinado, hasta tal punto que, ya a las primeras de cambio, nos hacía desmontar de las bicicletas y empujarlas cara arriba. Esta primera cuesta se me hacía premonitoria. Era como una especie de cura de humildad, como diciéndonos: —«¡Qué os habéis pensado!» —Sí, sí, ¡pero nosotros vamos con sobrepeso! —podríamos alegar mi compañero y yo. ¡Qué le vamos a hacer!, si nuestro viaje iba a ser aventura pura, y además sostenible, evidentemente no podíamos ir acompañados por un coche de apoyo, sino que con las alforjas adosadas al portabultos, transportábamos todo tipo de enseres: hornillos, vajilla, tienda de campaña, colchonetas, comida, ropa y hasta un ordenador portátil.

Una vez superado este primer puerto, iniciamos un descenso siempre con vistas al mar hasta llegar al Port de la Selva y después a Llançà. Llevábamos recorridos más de treinta kilómetros, eran las 12 del mediodía y Diego, tan previsor él, compraba repelente de mosquitos además de comida y algunos otros detalles.

Ahora empezaba realmente la etapa, que eran más de 60 kilómetros bajo un sol abrasador. La única ventaja era que soplaba marinada, un suave y fresco viento que aun así no aplacaba el calor húmedo que nos hacía parar en Espolla, para tomar Diego una cerveza y yo un café pues eran las cuatro de la tarde y rondábamos los 40 grados centígrados. Aproveché la cercanía del gerente del local con quien entablé una animosa charla donde me contaba que él había hecho la mili en Sabiñánigo y le gustaba Huesca. Yo le contestaba que en Barbastro también, gracias al cuartel, habíamos recibido a muchos jóvenes de toda España y que incluso hubo casos de algunos que se quedaron entre nosotros. Decía esto pensando en nuestro querido peluquero Maxi.



Me acosté con la sola ilusión de ver un amanecer desde el rincón más oriental de la toda la península.

Pan-tomaca frente a la crisis

Esta travesía, además de ser aventura y de ser sostenible, quizá a causa de la crisis, la habíamos previsto como de supervivencia. La idea era en principio hacer el mínimo gasto posible. En el fondo creo que queríamos recordar nuestras experiencias en el Camino de Santiago del año 2005, realizado en este estilo y que nos era de gratísimo recuerdo.

Si la primera noche había sido de vivac, esta segunda noche acudimos a un camping en Sant Llorenç de Muga, un poco antes de llegar a Albanyà, entre otras cosas, porque se nos hacía ya de noche. Habían sido casi 100 kilómetros de un sube y baja constante que no era más que el prelude de lo que nos esperaba en las siguientes etapas.

A la mañana siguiente, una cosa era evidente: habíamos dormido como leños. Respirábamos optimismo pues el trato y el precio de la acampada habían sido más que correctos. Comenzábamos la segunda jornada, eso sí, con el estómago vacío y con la idea de llegar a Albanyà para comprar el desayuno y la comida.

En este pueblecito nos atizamos un bocadillo de pan-tomaca y embutido típico de la zona. Seguidamente buscamos el bar del pueblo para acabar el desayuno y así, mientras Diego trabajaba con el ordenador para descargar la ruta en el GPS, yo iniciaba, con una señora mayor que nos atendía tras la barra una amena, conversación intercalada por dos cafés largos.

Me asombraba de un bloque de apartamentos que se construía en medio del pueblo y la señora manifestaba la inquietud que le producía el aumento de inmigrantes a causa de las obras. Intentaba yo convencerla de que, gracias a ellos, se podían llevar a cabo obras como esa, tan aisladas y sin lugareños suficientes para trabajar. Le explicaba que en Barbastro había muchos y se convive muy bien y además tienen trabajo, por ejemplo, con la vendimia. Ella, poco a poco, venía a buenas...

Esta etapa comprendía la ascensión de dos puertos, el primero de 20 km. con bonito descenso y un interminable segundo puerto por la Val de Bac, donde veo una foto de la piedra-hito que me recuerda el coll de Carrera, al que había precedido una mini-siesta de 20 minutos y por fin la llegada a Sant Pau de Seguriès. Este pueblecito, poco antes de Camprodon, iba a ser nuestro fin de etapa, pues había que visitar a los primos de Carmen Guardia. Ellos son los descendientes que regentan la casa donde nació el padre de Carmen (qepd) y que ahora, esta mansión es un estupendo alojamiento rural.

Después de cenar cuatro cosas que habíamos comprado nos reunimos con los primos en una agradable tertulia que se alargó hasta la medianoche. En esta conversación y, dado que la familia de Carmen es muy deportista, no dudé en invitarles a venir a nuestro paraíso de los

deportes de aventura para guiarles con la bici en un barranco o, si no, en invierno haciendo esquí de montaña.

Ya metidos en la cama se desató la única tormenta de los ocho días de ruta.

Bocadillos que suben montañas

Tras pasar la noche en Sant Pau de Seguriès, volvimos a salir la mañana siguiente en ayunas para llegar a Camprodón y parar allí a desayunar y aprovisionarnos de comida.

Un buen bocadillo tomado en un bar montañero llamado El Canigó nos ayudaría a coronar el alto llamado Collada Verda, que el GPS nos situaba por encima de los 2.000 m. tras un ascenso de 203. Arriba todo eran pastos, mucho ganado que a veces no duda en aprovechar el único refugio que hay en la zona, el del Pla de Satla.

Una vez coronado este puerto, descendimos a Ribes de Freser y allí comimos otro bocadillo. Menos mal, pues aún nos quedaba otra subida, al principio asfaltada pero durísima, con una pendiente del 20%, para continuar por pista pedregosa y al fin descender a Planoles.

En este final de la tercera etapa quisiera dar la referencia de las notas de Diego en las que en las cinco primeras etapas siempre habla de etapas duras, todas de 70 km, excepto la primera, alargada voluntariamente a los 100 km.

En Planoles decidimos hospedarnos en un albergue de la Generalitat lleno de críos bulliciosos que disfrutaban de las colonias de verano. Nos adjudicaron una habitación grande de siete literas a nuestra total disposición, por lo que nos pusimos a revisar todo el equipaje y aprovechamos para hacer la colada y tender la ropa.

Sólo habíamos contratado pernocta y desayuno pues esta noche había planes de bajar a cenar a Ripoll. Diego había contactado con una amiga de la infancia con la que coincidía en sus veraneos familiares en la Costa Brava. Se trata de Ana, que nos vino a buscar en su coche y nos llevó a su casa, donde conocimos a su marido Xavi y a su hijita.

Fue una cena estupenda a base de embutidos, quesos y pan-tomaca. Durante la velada continuamente surgieron las inevitables idas y venidas en busca de recuerdos y evocaciones mutuas de territorios y aventuras ya vividas, algunas de las cuales tenían hechuras de verdaderas batallas libradas contra la enfermedad, siendo casi hazañas por el resultado de haber restablecido la salud a fuerza de perseverancia.

La imagen de este joven matrimonio con su hija me recordaba a mí un pasado no muy lejano. Como en otras ocasiones, y no sólo por gratitud, hicimos el ofrecimiento para que vinieran al Somontano.

Ana, sabedora de que nuestra siguiente etapa acababa en Bagà, nos puso en contacto con su madrina Conchita, que sería nuestra anfitriona en su casa de turismo rural al día siguiente.



Diego había contactado con una amiga de la infancia con la que coincidía en sus veraneos familiares en la Costa Brava.

Venturas y desventuras en el ecuador de la ruta

Ya estamos en la cuarta etapa, que marca el ecuador de nuestra ruta. Estábamos contentos, salíamos del albergue de Planoles con una bolsa de picnic que nos valdría para reponer fuerzas durante toda la jornada. El precio de toda nuestra estancia había sido excelente, como también lo fue, por ejemplo, el desayuno en medio de toda aquella chiquillería.

Los primeros quince kilómetros fueron de asfalto hasta llegar a la collada de Toses, donde nos fotografiamos con unos amigos navarros que nos encontramos subiendo en una parada mientras tomábamos un café en este pueblecito, Toses, donde comienza el puerto de 5 km. Al 10% de media. Casi todos se llamaban Pedro, bromeábamos con lo de no hay Pedro malo. Nos cuentan que hacen la ruta pero todo por carretera asfaltada.

Aunque yo había llegado el último, la verdad, me había tomado con calma la subida y así me lo reprochaba Diego tras separarnos de nuestros amigos navarros justo en la citada collada y por un camino pedregoso que nos llevaba al Pla d'Anella. Le contestaba a Diego alegando que «el que guarda siempre tiene» y no me imaginaba hasta qué punto me haría falta a mí aquel día, vamos, se me iba a encender la luz de la reserva.

En este Pla d'Anella y en sus praderíos nos encontramos entre una gran manada de caballos pastando tranquilos y, eso sí, a cuál más bello. No dudamos en fotografiarnos y jugar con ellos pues la estampa era muy sugerente además de bucólica.

Retomamos la carretera y al final en la collada de Pedró nos desviamos por una pista de la que se observan las primeras curvas y que ascendía muy empinada paralela a un telesilla hasta la estación de esquí de La Molina. Ya en la cota 2.045 celebramos con entusiasmo este primer alto y sus vistas.

Según el GPS teníamos que descender directamente por una pista de esquí azul muy pedregosa. Esto se ponía interesante, ¡menuda trialera! Más adelante seguíamos bajando por una senda ciclable increíblemente bonita entre el bosque de pinos. Poco después llegábamos a La Masella. En este momento y no sin dudar, iniciábamos un ascenso escalofriante primero por una pista azul y luego por pista roja con desniveles cercanos al 20% y que, evidentemente, nos hacía desmontar de la bici.

Yo me empezaba a cabrear pues esto era demasiado para cualquiera que sea el que se ponga frente a esta pendiente despiadada. Diego no decía nada y, al final, llegamos a una zona de obras con movimiento de tierras que yo calificaría como la más fea de toda la travesía, aunque unos jovenzuelos que hacían descenso en BTT por una senda preparada nos regalaron unos saltos y piruetas espectaculares.

Un poco más adelante tomamos una carretera asfaltada que nos llevaba al Coll de Pal, otra vez a 2.000 m. Nos encontrábamos, entre otras cosas, sin agua y allí estaba un joven pastor al que saludamos y que muy amable y simpático nos enseñó una fuente escondida en la misma ladera del Coll. ¡Qué agua tan fresca...!

Me pasé todo el descenso a Bagà bebiendo los dos litros de mi camel-bag. En este largo descenso primero por carretera y luego por pista no pude evitar hacer parar a Diego para tomar fotos de la sierra de Moixeró y de unos parajes con tonalidades azules de horizontes quebrados increíblemente sugerentes.

Una vez finalizado el descenso, pasamos de largo Bagà y nos dirigimos al Casó del Molí, la casa de turismo rural donde nos esperaban por la recomendación de Ana, la amiga de Diego. Creo que con las fotos se puede imaginar un poco la belleza, detalles y ambiente acogedor de esta casa. El trato de Conchita, su marido Ramón, su hija y un montón de mujeres que hacían un taller de labores en la terraza no se quedaban atrás en afectuosidad. No sabía si éramos hombres con suerte o era una suerte ir con Diego y sus innumerables amistades por esos mundos de Dios.

Cada vez me convencía más de que este viaje era un calco al de nuestro Camino de Santiago del 2005. Como en aquella ocasión, estaba seguro de que viajábamos guiados por una buena estrella.

La cena exquisita regada toda con un cabernet sauvignon para acompañar una deconstrucción de una receta de bacalao gratinado marca de la casa no fue menos que el desayuno de la mañana siguiente donde, entre otras delicatessen, pude degustar una miel de lavanda de origen francés.

¡Gracias Conchita!

Un puré caliente

Ya metidos en la quinta etapa y, quizá a causa del completo desayuno servido en el Casó del Molí, pasamos de largo por Bagà sin comprar nada para comer y esto luego nos pasará factura como si de un error se tratara. De esta jornada hay alguna imagen captada al acercarnos a Gliscareny y del ascenso por la bonita pista boscosa que nos eleva hasta el collado de Bena (1.420 m). Parece que ya hemos cogido cierta altura pero no, aún estamos en la última de esas cinco etapas duras que desde el comienzo de esta travesía parecen no dar tregua a estos aventureros, un día sí y otro también resignados a continuar sin consultar el perfil de la etapa, al menos el que no maneja el GPS, y éste soy yo mismo, viviendo cada día algún que otro desengaño por la crudeza del recorrido.

La realidad es que la pista abandona el bosque cerrado para dar paso a un gran valle donde observamos a nuestra izquierda la mole del Pico Pedraforca con sus agrestes cortados que hacen de él un lugar mítico para los escaladores catalanes.

Tras llegar a otro collado, el de Bauma (1.760 m) ahora sí se divisa a lo lejos el collado más alto, el de Torn, que ya ronda los 2.000 metros.

No queda más remedio que echar un vistazo al fondo de saco de las alforjas de Diego, donde conseguimos una barrita energética para cada uno.

En la salida final del collado Diego, como de costumbre, se adelanta. Él, evidentemente, lleva otro paso y es normal que cada uno adapte la marcha a su propio ritmo. No sólo es normal, es muy recomendable y aceptado entre los ciclistas.

Los últimos zigzag se hacen interminables. Es mejor, en mi caso, desmontar en algunos tramos y, además, se ha desatado una ventolera muy grande, que por su frescor, al coronar invita a abrigarse.

Diego esperaba en el mismo collado y me propone tomar un puré caliente. Yo pensaba que había que prepararlo y le contesté que para evitar el viento mejor perder altura hacia la otra vertiente. Ni siquiera paré, quizá un poco malhumorado por la acumulación de cansancio, frío, hambre... En fin, que prefería descender y buscar un lugar más protegido. Al llegar al collado del Collet, decido esperar a Diego pues no se ve muy claro el camino a seguir. Él, cuando llega, consulta su GPS. Abandonamos la pista e iniciamos un descenso trialero por el barranco de Cernerres. Esta es la dificultad que marcaba la guía y que nos obliga incluso a desmontar en algún tramo de esta barranquera en la que nos concentramos y, hasta cierto punto, disfrutamos.

Yo no paro de preguntarme qué pasa con el puré caliente. No sabía que ya estaba hecho cuando llegué a Torn. En ese momento lo rechacé y a Diego no le quedó más remedio que comérselo y continuar, pues yo no había querido parar.

Según descendíamos hasta el puente de Cernerres apareció una carretera asfaltada y sin tráfico, lo que nos anima a bajar «a tunda abierta» hasta Tuixén. Aquí decidimos comer algo y, tras preguntar en un restaurante, decidí no aceptar un menú donde se nos cobraba la bebida aparte. En otro bar nos servían pan con tomate y jamón y lo aceptamos. Ofrecían en la televisión un ascenso pasado por agua en el Tour de Francia y comíamos en silencio, como si sobrevolara en el

ambiente el malentendido de Torn. Permanecíamos en silencio cuando continuamos el camino de bajada hasta el puente sobre el río Josa, y después seguimos bajando hasta un lugar llamado La Barceloneta.

Más tarde, ascendíamos de nuevo por una pista con pendiente suave e inmejorable hasta el collado d'Arnat (1.280 m). Fue en esta subida donde se aclaró el malentendido y donde me di cuenta que debía haber dialogado un poco con mi compañero en lo alto de aquel infausto collado.

Bueno, esta etapa larga y costosa se acabó con un descenso largo en medio de un bosque hasta Castellar de Tost, pueblo ganadero donde encontramos otro descenso de asfalto hasta cruzar la carretera de La Seo d'Urgell, muy transitada por todo tipo de vehículos y de la que por fin nos desviamos para llegar a Noves de Segre.

En este pueblo, fin de la quinta etapa, nos costó lo indecible encontrar alojamiento y comida para preparar la cena. Todo se solucionó con hábiles gestiones, sobre todo de Diego y, por fin, encontramos un apartamento privado, ya que no estaba declarado como vivienda de turismo rural, pero que nos sale muy bien de precio.

Con cuatro cosas compradas en la única tienda del pueblo y con un poco de pan que nos traían de un bar hicimos una estupenda cena y ¡a dormir!, no sin tener que recurrir, al menos yo, al repelente de mosquitos para poder relajarme y a la vez protegerme de estos molestos invasores. Ha sido un día muy duro y el cansancio facilita caer en un sueño profundo y reparador.



Bonita pista boscosa que nos lleva al Collado de Bena (1.420 m).

Café y pastas caseras en Lleida

Ya estábamos en tierras lleidatanas. Novés de Segre nos despedía con un estupendo café en el único bar del pueblo. Así lo habíamos prometido al mozo que nos bajó una barra de pan la tarde anterior, precisamente desde este mismo bar con el que estaba vinculado por motivos de trabajo.

La mañana era radiante, aunque me vais a permitir que os confiese que en ninguna de las etapas (excepto en la primera) de esta Transpirenaica hicimos alardes montañeros tan clásicos como los madrugones. La verdad es que en toda la marcha intentamos tomárnoslo con calma y esto nos hizo pasar un poco más de calor en alguna etapa.

Salimos de Novés de Segre por una carretera sin tránsito que ascendía adentrándose en un tupido bosque. Al cabo de algunos kilómetros, al

llegar al caserío de Argestues se acababa el asfalto. Ahora se abría el ambiente a un sol muy luminoso que inundaba aquel espacio alrededor de estas casas de pagès. Los dos a una saludamos a un hombre que acababa de salir de una de estas masías tan bien restauradas. Le dije a Diego que le pidiera a este señor, de aspecto musculado a la vez que delgado, si podía decirnos dónde conseguir agua y, por pedir que no quede, si había alguna manera de conseguir un café. Él, muy correcto, señaló una fuente de hierro fundido con la clásica palanca para bombear, como las de antes. Respecto a lo del café, nos dijo en principio que no, pero en el momento de partir con nuestros recipientes llenos de agua fresca, volvió hasta nosotros y nos pidió que le acompañáramos. Pienso que le debimos caer bien pues nos dijo que nos invitaba a un café con pastas caseras que él mismo había horneado. Se inició así una amena y divertida conversación.

Él se llamaba Pedro, como no podía ser de otra manera estos últimos días, era médico y atleta. Su físico correspondía al de un fondista, aunque afirmó que en la actualidad se dedicaba a la velocidad después de haber corrido toda su vida pruebas de larga distancia. La charla se fue animando con temas sobre el deporte en la etapa madura. Los dos Pedros teníamos casualmente la misma edad y nos reafirmábamos en continuar nuestras actividades hasta siempre, mientras el cuerpo aguante.

Debía de ser endocrinólogo pues nos dio toda una clase sobre el metabolismo de los alimentos y las dietas en el deporte. Diego y yo escuchábamos fascinados a este compañero que, aunque se esforzaba en mostrarse con una sincera humildad, le sonsacamos que había quedado segundo en su especialidad hacía poco en Zaragoza en el Campeonato de España de Veteranos. Nada menos que en carreras de velocidad. ¡Qué tertulia tan agradable...!

En realidad la masía era una casa de turismo rural que nuestro amigo, que era de Barcelona, había alquilado para pasar unas vacaciones junto a su mujer e hijos, quienes encontraban mucha tranquilidad y muy bellos paisajes en un entorno inmaculado.

En la cumbre de la Transpirenaica

Tras dejar el caserío de Argestues, continuamos ahora por pista hasta llegar a Cassovall y poco después alcanzamos la Nacional 260 (también llamada eje transversal pirenaico) en el puerto del Cantó.

Se notaba que era sábado pues había mucho tráfico y, sobre todo, motos de gran cilindrada que a mí, la verdad, me estresan con su ruido tremendo. En pocos kilómetros atravesamos Pallerols de Cantó (1.280 m) y después, por fin nos alejamos de esta nacional hacia otro pueblecito, Canturri. Aquí comenzaba una pista al principio pedregosa pero después ascendía muy suave cada vez más sombreada por un gran bosque. La etapa estaba saliendo redonda, además, siguiendo con fidelidad el guion que nos la clasificaba como una etapa no muy dura. Llegamos al collado de Leix (1.700 m) y comenzó un camino llano, como por un cordal de sierra hasta llegar a San Joan de l'Erm. En esta estación disfrutaban los catalanes en invierno del esquí de fondo. Hay una ermita y zonas de recreo con barbacoas. Las vaguadas se suceden y pronto comenzamos un largo descenso que nos hace llegar a Montenartró, donde decidimos calentarnos un plato de lentejas en plena calle. No se veía a nadie aunque nos sentíamos observados. Cuando recogíamos la vajilla para ir a una fuente a fregarla apareció un vecino que resultó ser concejal de este municipio y que adivinó que éramos maños por el acento, alegrándose de vernos pues tenía allegados en Naval. Fue una buena excusa para otra charrada.

Continuamos por un tramo asfaltado hasta desviarnos por una pista horrible que nos hundía casi con vértigo en el valle del Noguera Pallaresa donde se encuentra la localidad turística de Llavorsí, paraíso catalán del rafting y del piragüismo. Aquí los precios del hospedaje eran caros, hasta que encontramos un camping (Aigües Braves), donde nos alojamos y donde incluso nos facilitaron utensilios para cocinarnos un buen plato de pasta con salsa de tomate. Como era sábado se escuchó algo de ruido por la noche. Bueno, Diego escuchó algo. Por mi parte, como todas las noches, dormía profundamente.

A la mañana siguiente volvía a amanecer un día claro y lleno de sol. Éramos conscientes de que la etapa sexta con cierto descanso ya había quedado atrás y que ahora nos enfrentábamos a la «etapa reina», es decir, la que nos iba a aupar a lo más alto de toda la Transpirenaica al completo.

Como venía siendo habitual salimos del camping casi al mediodía por la carretera de Esterri d'Aneu y a los pocos kilómetros, junto al río y todavía sin sol, nos desviamos a la izquierda hacia Arestui por una carretera al principio soleada que tenía un comienzo fuerte y que después cambiaba de ladera en el valle del río Baiasca permitiéndonos subir con la fresca un buen rato hasta llegar a Arestui (1.150 m) y Baiasca. Pronto salimos del asfalto para comenzar el ascenso del coll de Rat y primero de los muchos que íbamos a cruzar. El bosque se espesaba a la vez que el verdor lo inundaba todo. En frente, las laderas se erguían imponentes aunque las pistas que íbamos a recorrer en esta séptima etapa se nos mostraban clementes pues su trazado es muy bueno con progresión suave pero, eso sí, constante. Alcanzado el collado de Rat (2.015 m), el bosque se quedaba ya por debajo de nuestros pies. A partir de aquí, el panorama nos hace sentir la cercanía de la alta montaña. Los praderíos eran inmensos y los caballos y vacas, muy dispersas y numerosas, pacían con total tranquilidad.

En poco tiempo traspasamos el coll de las Pedres Blanques (2.030 m) y tras un duro zigzag llegamos a un desvío junto al refugio ganadero de Quatrepins. Llegados a este punto, la ladera era increíblemente empinada y, sin embargo, la pista, excavada a pico, la atravesaba de forma transversal con suaves pendientes, algunas en descenso.

Estamos bajo el pico Monsent de Pallars de 2.885 metros, cumbre de referencia en esta zona. Suavemente el camino nos eleva hasta el (2.250 m), aunque las cifras de nuestro GPS lo sitúan un poco más alto con datos como los 35 km. de subida en casi cinco horas. Tras este collado, verdadero techo de toda la Transpirenaica, se vislumbraba a lo lejos el coll de Triador (2.180 m).



*Suavemente el camino nos eleva hasta el Collado de la Portella
(2.250 m).*

Bondades inconfesables del ciclismo

Una vez en el techo de la Transpirenaica se nos presentaba el valle glaciar de la Vall Fosca con el pueblecito Llesui en el fondo. Era nuestro fin de etapa pero, eso sí, viajábamos raudos por una pista de bajada constante y vertiginosa. Recuerdo que en este día el pedaleo durante tantos kilómetros a más de 2.000 m. nos hacía ir absortos contemplando la inmensidad aérea de un paisaje tan espectacular y, yo al menos, por dos veces estuve a punto de irme al suelo. Pero no, un movimiento reflejo me hacía escudriñar atentamente la mejor trazada en cada curva, mirando de reojo en derredor como a vista de pájaro.

Fue es este largo descenso cuando tuvimos el único problema, digamos «de importancia» en lo que a la mecánica se refiere. Bajábamos muy

juntos cuando nos percatamos los dos a la vez de que se había desprendido un eje de la rueda delantera de Diego. Frenamos enseguida y Diego lo recuperó con rapidez, pero, ¿y la tuerca con los dos muelles...? Durante unos instantes nos mirábamos inquietos pues sin esa tuerca estábamos tirados. Sin mediar palabra nos dispusimos a buscar. Yo retrocedí más de cincuenta metros fijando mucho mi mirada en aquel suelo polvoriento y, ¡albricias!, encontré la tuerca y muy cerca el muelle. Bajaba casi corriendo y gritando cuando Diego me mostraba el otro muelle. ¡Santo Dios!, habíamos conseguido superar esta inesperada prueba con mucha sangre fría. Estaba claro, nuestra buena estrella velaba por nosotros ahora como lo había hecho en todo el resto del viaje.

Una vez llegamos a Espui, no conseguíamos encontrar alojamiento y decidimos continuar descendiendo por la carretera hasta llegar a Torre de Cabdella y allí, por indicación de unos vecinos, hallamos un albergue municipal con un ambiente ciclista inusitado. La explicación era que estábamos en territorio de la Pedals de Foc, ruta en bicicleta de montaña que, partiendo de Viella, cruza estos valles del entorno del Parque Nacional de Aigüestortes y lago Sant Maurici imitando otra ruta más antigua de senderismo llamada Carros de Foc. La estancia en este albergue resultó muy amena y entablamos conversación animada con varios grupos de jóvenes que se asombraban de vernos tan cargados. Ellos en su ruta iban más ligeros y con las estancias en albergues contratadas en un mismo paquete. Quien completara toda la ruta se llevaba premios como camisetas, material, etc.

El horario fijo de desayunos nos hizo a todos coincidir por la mañana en el comedor. Daba gusto este ambiente tan ciclista y tan joven. Con una afectuosa despedida mostramos a la vez nuestra gratitud a la cocinera que nos había servido este completo desayuno, pero, le pedimos como último favor que nos vendiera un pan, y nos lo facilitó congelado y un poquito caro.

Diego, en toda la travesía había bromeado con mi adicción al pan, pero ambos nos comíamos panes de payés enteros acompañando

embutidos, pasta, lentejas y todo lo que se nos ponía por delante. Yo reconocía sin ambages mi predilección por este alimento base de la dieta mediterránea, a veces acariciándome y sin ocultar la tripita que siempre me acompaña, fruto de mi debilidad y muy patente bajo los maillots ciclistas, tan ajustados ellos...

Compartir es vivir

Salimos muy contentos del albergue de Torre de Cabdella y, tras un corto descenso, desviamos a la derecha para tomar una carretera estrecha y solitaria que, en suave ascenso, nos conduciría primero a Astell (1.160 m) y por último a Guiró (1.380 m). Estos pueblos me recordaban a los de nuestro Somontano, sobre todo al cruzarnos un grupito de jubilados que paseaban por la carretera en animada conversación y que no dudaron en animar a dos locos que pedaleaban cargados y muy distanciados uno del otro.

En Guiró, recuerdo que nos encontramos dos niños jugando y bromeamos con ellos chapurreando alguna palabra en catalán: ¡Quinas vacanses mes bonas!, ¿eh...?

Pasábamos ahora a encarar la primera dificultad de esta última etapa: una trialera en ascenso hasta el coll d'Oli o de Castellnou (1.520 m). Aquí quisiera destacar hasta qué punto estábamos compenetrados Diego y yo que, ante la sugerencia de éste para intercambiarnos las bicicletas, no dudé en aceptar. Os lo explico. Diego en esta ruta había cargado con mucho material. A veces, él mismo se veía con dificultades para levantar la rueda trasera de su bicicleta a causa de las alforjas repletas de material que usábamos los dos. Fue en este momento cuando aproveché para agradecerse y tomé muy en serio y con fuerza esa bici para ascender el sendero que nos conduciría tras varios falsos collados hasta el de Oli. ¡Vaya panorama! ¿Sabéis?, nos sorprendió muy gratamente divisar no muy lejos en el horizonte las siluetas inconfundibles del y de Cotiella. Nos hicimos una foto inolvidable pues

era como una celebración anticipada al llegar a casa una vez culminada nuestra aventura.

La trialera se convirtió en una bajada en la que por enésima vez caí en el error de creer que era la definitiva de toda la etapa. ¡Qué equivocado estaba...! Se sucederían luego más ascensos y descensos por terrenos quebrados, inhóspitos por su sequedad y despoblamiento.

¡Qué cosas...!, antes de llegar a Mola d'Amount (1.050 m) nos encontramos con una ciclista francesa un poco mayor que nosotros y que disfrutaba de su bicicleta por estos parajes acompañada por su pareja quien conducía el vehículo de apoyo. ¡Lo que es el destino...! Había estado todo el viaje intentando conversar con alguno de los muchos franceses que nos habíamos encontrado pero sería el último día, y además con una veterana montañera, con quien compartí en varios tramos una animada plática, pues coincidíamos en nuestro amor por el esquí de montaña, los barrancos, el senderismo y en todo. Ella me aventajaba la edad en un lustro y bromeábamos ya que nos sentíamos rejuvenecer con estas aventuras y aficiones.

Una vez más, estos encuentros con otros colegas del deporte animaban el espíritu cuando las condiciones de la ruta se endurecían, como en esta jornada, con pendientes o temperaturas fuera de lo normal. Todo esto contribuía para aminorar el desgaste moral que comenzaba a hacer mella.

Fue durante estos tramos compartidos con nuestra amiga francesa cuando hicimos un alto al abrigo del sol dentro de una especie de cueva con una fuente de agua fresca y cantarina y donde otro bote de lentejas precocinadas combinaba genial con el pan ya descongelado y cortado a rodajas.



Nos hicimos una foto inolvidable pues era como una celebración anticipada al llegar a casa una vez culminada nuestra aventura.

Fin de la aventura y una promesa

Tras resguardarnos del sol en una cueva de la que manaba agua fresca y cantarina, continuamos la última etapa de nuestro viaje y ascendimos para llegar, primero, al collado de Sant Pere (1.400 m.) y, más tarde, al de Sas (1.500 m). Desde aquí descendimos al pueblo de Sas, que parece abandonado, aunque oímos ruidos y salieron a saludarnos. Aprovechamos para llenar agua fresca de la fuente y, a partir de aquí, comenzaba un ascenso que nos castigaría, por lo menos a mí, hasta tener que desmontar, pues la pista era un amontonamiento de gravas y el calor apretaba. Para colmo, mientras caminaba, mis viejas zapatillas de bicicleta desertaron las dos a la vez ya que las suelas se desprendieron por completo. Las abandoné tras unos arbustos pues siempre había pensado que pesaban demasiado y yo solo quería

aligerar mientras pudiera. Me calcé las zapatillas deportivas que había usado estos días para descansar al concluir la jornada.

Por fin, llegamos a coronar el collado más alto, el de Erta (1.520 m) pero tampoco aquí se acababa este epílogo tan duro de la travesía. Quedaban subidas y bajadas que se sucedían convirtiendo nuestra progresión en un infierno rompepiernas mientras atravesábamos los pueblos de Castellars, Malpás y Gotarta donde, ya por asfalto, nos dejamos caer por carretera en rápido descenso hasta Pont de Suert. El cansancio, sobre todo psicológico, me hizo sufrir este final de etapa como una especie de «puntilla» que recordaré por su dureza.

Una vez en Pont de Suert entramos a saludar a un amigo de Diego que trabaja en Aramón-bike organizando rutas en BTT por nuestro Pirineo Aragonés. Mientras, Ana, la novia de Diego, venía a buscarnos con el coche que nos devolvería a Barbastro.

En estos últimos instantes de nuestro periplo se estropeaba el tiempo con una tormenta veraniega. Tenía que ser así, pues el calor tan pegajoso que nos había atormentado durante esta jornada ya lo presagiaba.

Para terminar, quisiera dejar bien claro la sensación de buen sabor que nos dejaba nuestra estancia por tierras catalanas. Habíamos encontrado amabilidad y generosidad a raudales, nos sentíamos bien, como si muchos mitos se hubieran derrumbado en estos ocho días. La belleza de un Pirineo que a veces se nos esconde, quizá por la lejanía, nos había llenado el alma de experiencias y gentes agradables, a la vez que nuestra capacidad de sufrimiento más montañera se había visto engrandecida en cada jornada. Además, no voy a repudiar nuestra filosofía de mínimo gasto pues os confesaré que con un fondo común de 500 euros supimos financiar esta maravillosa aventura.

Ojalá que el verano próximo podamos reiniciar esta travesía adentrándonos en nuestra tierra desde Pont de Suert con el objetivo de completar otros 500 km. que nos separan de Hondarribia.

Desde ahora, os hago la firme promesa de contar a todo el mundo, con el mismo entusiasmo y detalle, la segunda parte de esta Transpirenaica. ¡Hasta el verano que viene, amigos...!



Diego Ballesteros se pasea entre caballos.

Cotiella, la blanca dama

Cotiella, la blanca dama (1)

Aquí estamos «los de Barbastro-Monzón» (pertenecientes a la «Diócesis Montañera Barbastro-Monzón», se entiende) esta vez no para celebrar grandes y multitudinarios acontecimientos como marchas nacionales o cronoescaladas... No es el caso. Simplemente queremos mostrar una actividad más, algo habitual en el día a día de la promoción impulsada desde nuestro club.

Concretamente hablamos del esquí de montaña que tan malos inviernos ha soportado, sin nieve, casi sin poder concluir con normalidad los cursos de iniciación pero que, gracias a Dios, la primavera ha traído la nieve para que podamos escribir esta nuestra pequeña gran aventura. Hablo de un día en concreto: el 22 de abril de 2007, cuando realizamos Cotiella con esquís.

Una salida de promoción, por cierto, que venimos realizando (si se puede) desde hace unos doce años y que para alguno de nosotros es cita ineludible.

Desde Barbastro, ya sabéis, nuestro objetivo se observa muy bien, como si fuese un faro, como un vigía del Pirineo pero, más que un vigía, Cotiella es, para nosotros, una dama; la más hermosa dama de compañía de la corte de las Tres Sorores, igual que la Peña Montañesa o la Punta Llerga. Cuando esta dama viste de blanco, de arriba abajo, como en estas últimas semanas, es para nosotros el momento de movilizarnos. Hay que coger el teléfono del club y llamar, invitar, concitar, estudiando toda una estrategia para agasajar a nuestra bella cortesana.



Vista del Cotiella desde Barbastro

Cotiella, la blanca dama (2)

El 22 de abril de 2010 decidimos subir a Cotiella con esquís. Ese año pernoctamos en el albergue de Saravillo, donde nuestro amigo Benjamín Pérez nos recibió con especial cordialidad, pues estamos muy unidos a él y a su familia desde hace muchos años. Él mismo, días atrás nos ponía en contacto con Ángel Luis, el guarda forestal de Saravillo, que amablemente nos había dado información de cómo se encontraba la pista que asciende hacia la Basa de la Mora y del estado de la nieve. Sus últimas recomendaciones fueron claras: «No os descuidéis, por las tardes llueve y la nieve se está yendo rápido». Tampoco me olvido de nuestro querido colaborador, Joaquín Torres Borrue, y su certero pronóstico del tiempo.

Por fin, formamos un grupo de siete montañeros donde se conjugaba veteranía y juventud, todo bien entrelazado por un vínculo muy fuerte:

la amistad y... ¿por qué no decirlo? tres monzoneros y cuatro del barranqué en esa comunión que existe entre nuestras dos ciudades.

La clave de aquella temporada atípica en la climatología, con tan poca nieve, nos la dieron unos amigos que intentaban la ascensión un día antes, el sábado 21, y era rotunda: madrugar, ya que, nos decían, la nieve está dura por la mañana pero a eso de mediodía se transforma rápido y cuesta mucho incluso descender con esquís.

Con la estrategia bien consensuada durante la cena del sábado nos levantamos ya el domingo a las 4.30 y eran las 6.15 cuando comenzábamos la marcha partiendo desde la pista de la Basa de la Mora en su penúltima curva y desviando allí hacia el Valle de Lavasar. Fuimos al principio ayudados por las linternas frontales y, ya con las primeras luces del día, nos pusimos los esquís. Como nos habían dicho, la nieve estaba dura y para ascender al collado que nos situaría junto a la base de las Agujas del Lavasar nos pusimos las cuchillas antiderrapantes.

A estas horas de la mañana, apenas las puntas de las Agujas recibían unos tímidos rayos de sol que las encendían de rojo calizo como si fueran enormes velas apuntando al cielo.

Cotiella, la blanca dama (3)

Llegados a la base de las Agujas de Lavasar y calzados con las cuchillas antiderrapantes seguimos progresando en nuestro ascenso a Cotiella.

Casi todos pensamos en cómo estaría la media ladera de la pala del puerto. Los amigos que nos habían precedido el día anterior dijeron que habían dejado huella hecha.

Por fin, y gracias a dicha huella, y al buen hacer de nuestro compañero Ricardo Arnaiz, alcanzamos el Collado de la Pala del Puerto con buena

nieve y no sin cierto resquemor, pues sentimos la amenaza que supone la existencia de coladas de nieve por todas partes.

Desde este collado se adivina el frescor de la sombra que todavía invade el flanco oeste de Cotiella.



El Collado de la Pala del Puerto a las 12:33 h.

Cotiella, la blanca dama (4)

Desde el collado de la Pala del puerto, nos deslizamos en rápido descenso hacia el aislamiento de la Era de la Brujas. ¡Qué decir de las sensaciones que nos evoca este grandioso paraje...! Por ejemplo (y al hilo de su nombre), un aquelarre.

Es un lugar misterioso, inmenso y solitario, donde la montaña calcárea se revuelve torcida por continuos subires y bajares, simas y colinas en

las que, para más dificultad, empieza a escasear la nieve y hay, por tanto, que esmerarse para elegir bien el trazado.

Cotiella, la blanca dama (5)

Tras pasar el paraje de la Era de las brujas, fuimos en ascenso todos juntos hacia la cumbre de Cotiella haciendo un acompasado zigzag que nos empujaba en sus diagonales más hacia el este.

Se perfilaba allí una arista que nos haría asomar a un balcón desde donde, maravillados, observamos el “repleto” brillo azul de nuestros tres pantanos: Barasona, El Grado y Mediano. Monzón y el Somontano no se veían pues los enturbiaba una suave calima.

A las 11 en punto coronamos la cima en medio de una alegría contenida. El esfuerzo había sido grande como grande es lo que aún nos quedaba. Pero ahora nos abrazamos todos siguiendo el ritual de unas celebraciones tantas veces repetidas. Muchas fotos, intentos fallidos de llamar con los móviles, algo de comer y beber, y... después es cuando viene la explosión. ¡Qué descenso! De verdad, en cinco minutos más de 600 metros de desnivel en la mejor nieve de la temporada (incluidas las pistas de esquí).



Coronando la cumbre del Cotiella.

Cotiella, la blanca dama (6)

Otra vez, en el regreso, nos ponemos las pieles de foca para ascender los doscientos metros del Collado de la Pala. Y todos nos hacemos la misma pregunta: ¿Cómo estará la media ladera? Han pasado dos horas desde que la atravesábamos observando que la nieve, al calentarse, se escurría en finas hiladas.

Desde lo alto del collado la contemplamos no obstante y, como siempre se suele hacer, desde una óptica muy marcada por el optimismo que bulle en este grupo de amigos que se sienten unidos por un destino tan común como la huella dejada esta mañana y que observamos en perfecto estado. ¡No se hable más...! Separados, uno a uno vamos descendiendo bajo la atenta mirada del resto. Es a partir de ahora cuando encontramos ya la nieve «podrida». El sol pega fuerte pero sólo

se nota cuando paras. Mientras esquías una brisa fresca te acaricia y, aunque parezca mentira, en esta nieve primavera logramos dibujar bellos giros, eso sí, muy conducidos porque las colas de los esquís se enganchan. Los metros van cayendo rápidamente bajo nuestros pies. Sólo notamos un poco de cansancio al forzar las posturas idóneas que nos permiten afrontar la travesía de interminables medias laderas a lo largo del valle de Lavasar.



Pedro Solana en el Cotiella (2007).

Cotiella, la blanca dama (7)

Abajo, rondando la cota de 1.800 metros, conforme penetramos en las inmediaciones del pinar van apareciendo cada vez más piedras que rascan bajo los esquís pero, por fortuna, ya entre las sombras de los árboles encontramos más y mejor nieve que, en un improvisado slalom entre pinos al fondo de la vaguada, nos acerca en un suspiro a quince minutos de la pista donde aparcamos esta mañana.

Han sido en total unas siete horas y media de esfuerzo compartido entre unos y otros. Una vez alcanzados los vehículos que nos esperan junto a la pista, nos felicitamos con mirada cómplice mientras tumbados o apoyados en ellos hacemos todos los estiramientos habidos y por haber.

Un sentimiento de plena felicidad nos hincha el corazón a todos y cada uno de nosotros. ¿Por qué...? Pues porque todo ha acabado bien, porque hemos pasado un día más haciendo lo que tanto nos gusta, eso sí, siempre en compañía de los mejores colegas y sintiéndonos tan arropados como debe ser. Esta solidaridad nos hace sentir fuertes frente a la grandeza de estos parajes. Su grandeza, a la vez, nos sugiere siempre humildad y respeto.

Bueno amigos, este ha sido el relato de nuestra pequeña aventura vivida en 2007, quizá contado con ciertos alardes literarios pues a menos de 24 horas de acaecidos los hechos en la memoria se amontonaban cantidad de sensaciones que fluían queriéndote inspirar.

Ya sabéis, para los montañeros estos recuerdos son unas muy dulces endorfinas que languidecerán durante la semana y su ausencia nos empujará el sábado siguiente a procurarnos junto con estos u otros amigos nuevas aventuras bien sea en la nieve, pedaleando, o barranqueando, ¡qué más da! La cuestión es disfrutar de nuestro inagotable sueño: compartir y disfrutar la Naturaleza, en nuestro querido Altoaragón.

La otra dimensión del esquí

Una cita anual con los esquís y las pieles de foca

Nunca me ha gustado lanzar las campanas al vuelo en mis expectativas de directivo en un club de montaña, y menos antes de emprender una actividad que entrañe algún riesgo. Como todos los años, el mes de enero me enfrenta al reto de seguir con mi compromiso renovado por enésima vez en busca de un claro objetivo: promocionar el esquí de travesía. Es en este curso de iniciación, del que ya he perdido la cuenta de sus ediciones (pero que no se alejan de las 25) donde sin duda he vivido los mejores y los peores momentos, todos plenos de sensaciones intensas, en mi dilatada trayectoria montañera.

Fue allá, al final de la década de los 70, cuando descubrí esta faceta del montañismo, «la otra dimensión del esquí», es como la denominaba en un eslogan federativo, y fue de la mano de personas como Paco Lacau o Javier Escartín (qupd), sempiternos maestros y valedores, por quienes pronto nos dejamos deslumbrar dado que su empuje y valentía nos hizo sentir herederos de esa misión que tiene que ver más con el voluntariado generoso que con la vivencia subjetiva.

Tanto desahogo de sensaciones a veces arriesgadas no podían quedar adscritas a una percepción estrictamente personal. De alguna manera, los que hemos tenido la suerte de adentrarnos en el montañismo invernal puro y duro, hemos jurado ante nosotros mismos y nuestro club que todo aquel que se deje aconsejar y guiar participará, como nosotros, en la apetencia tentadora de libar el néctar más puro de la aventura, de vivir la experiencia más blanca y sagrada, envuelta siempre en un frío decorado, que a eso del atardecer asusta ante la sola sospecha de qué ocurrirá en cuanto el sol se esconda tras las agrestes siluetas rocosas que nos envuelven para disponernos a un silencioso vivac de los que hace pocos años acostumbábamos a realizar en las postrimerías del curso.

Año tras año, siento cómo se acercan estos tres fines de semana claves, necesito acudir a los eternos colaboradores radiofónicos para, como os decía, sin vender la piel del oso antes de cazarlo, ofrecer a los potenciales interesados esta cita con los esquís y las pieles de foca, elementos clave que nos ayudarán a subir y bajar laderas sin sufrir la profundidad de una huella que solo trazada con las piernas limitaría nuestro acceso al «reino de las tinieblas», antaño accesible casi exclusivamente para los aguerridos pioneros de las ascensiones invernales.

Quisiera con estos recuerdos reflejados en palabras contar la intrahistoria vivida por mi persona en medio de un grupo recién formado, casi exclusivamente, para sentir la experiencia descarnada de unos jóvenes y sus instructores que, tras muchas horas compartidas, puedo ahora mismo proclamar en voz alta que además de conocerse, han estrechado unos lazos más allá de la amistad, se han hecho cómplices, igualados todos en edad y aptitudes para saber vivir tanto la gestión del riesgo como el disfrute del esquí más salvajemente virgen.



Participantes en el curso 2010.

Aprendiendo a esquiar en nieve virgen

Antes de iniciar las prácticas, el estrés hace acto de presencia al intentar poner a disposición de nuestros jóvenes aspirantes la ingente acumulación de materiales. Pocas disciplinas montaÑeras necesitan de tantos elementos de seguridad en combinación con las herramientas y accesorios mínimos para garantizar la corrección del más elemental impedimento sobre nuestro progresar en estos espacios nevados.

Gracias a Dios, en nuestro club, MontaÑeros de Aragón de Barbastro, siempre ha habido un rincón donde guardar los diversos útiles y equipamientos que serán puestos a disposición de los alumnos.

Retrasamos hasta el viernes, que es justo la víspera, todas las posibilidades de incluir a quien quiera participar, siempre que haya sitio. Además hay que realizar una entrevista conmigo, como coordinador, con el fin de concretar los aspectos mínimos que se deben atender para ser admitido, desde referencias físicas hasta niveles mínimos de esquí fielmente plasmados en las condiciones de nuestro programa del curso.

Tras una emotiva presentación de los participantes, monitores y alumnos, este primer acto del curso incluye una charla sobre materiales y consejos a la hora de conseguir éstos de la forma más correcta en tanto en cuanto a sus precios y características debidamente clasificadas según su prioridad.

Ya sólo queda madrugar un poco el sábado 16 de enero para encontrarnos en Benasque con unos eternos compañeros de viaje, los amigos del Club Peña Guara de Huesca que lo son desde muchos años atrás y con muchas vivencias compartidas a nuestras espaldas.

Es casi un ritual, tal y como os lo cuento. Esta procesión de hechos que se repite año tras año, nos acercará al valle del Ampriu, en Cerler,

nunca con mucha prisa, pues hay que coordinar cantidad de aspectos hasta ver conformados los grupos tras un pequeño descenso entre bastones clavados a la manera de un improvisado slalom que definirá la primera selección. Los grupos han de ser compactos, formados por tres alumnos y dos monitores, titular y colaborador. Estas patrullas no han de temer por acumular kilómetros de pistas pues desde el primer momento es en las laderas y barrancos más allá de las balizas donde les enseñaremos a quitarse el miedo a lo que para ellos aún resulta desconocido: la nieve virgen.

Con sólo algunos descensos pero, eso sí, muy compenetrados con sus monitores, traspasarán la línea de pistas para saltar a los escenarios más propios de montañas inmaculadas y salvajes.

Somos nosotros, precisamente los monitores, los que hemos de elegir las pendientes y los parajes sobradamente conocidos y, por tanto, adecuados a la innivación y a los riesgos que habremos de asumir.



Los cursillistas preparan su equipo.

Seguridad en la nieve de Cerler

Alguien podría preguntarse: ¿Por qué desde hace tantos años eligen Cerler los montañeros en el inicio de su curso?

Os he hablado de una especie de recorrido, de una procesión que obedece siempre a un rito, pulido a lo largo de 25 años de experiencias nómadas al principio, pero que en el devenir de los tiempos han conformado todo un guion, una sucesión de ideas firmemente arraigadas desde la percepción de Cerler, por ejemplo, como una estación acogedora para los montañeros, hasta la adopción de un fabuloso Cuaderno Técnico editado por expertos y que la federación puso hace años a disposición de los enseñantes en la Escuela Aragonesa de Montaña en sus instalaciones de Benasque.

Este año no pudimos realizar, al final del primer sábado, la práctica de construcción de camillas y su posterior descenso desde la colladeta del Ampriu pues la meteo, esa inseparable compañera de viaje, nos dijo no, con una fina lluvia que resultaba fría y amenazadora en los últimos instantes de una jornada intensa. Es igual, quedan muchas horas por delante y se encontrará un momento adecuado para enseñar el primer dato sobre seguridad: aprender el autorrescate en caso de accidente.

Aprovecho esta última afirmación para dar testimonio de que todas y cada una de las prácticas de seguridad han sido utilizadas por éste que os está narrando en alguna ocasión dentro o fuera del curso. Hace unos pocos años, en dos ocasiones concretas, hubo que construir camillas de fortuna para evacuar a sendos cursillistas heridos mientras descendían esquiando.

Al final de esta primera jornada solo queda bajar a Benasque y seguir con la tradición: albergarnos en instalaciones federativas tan emblemáticas como la Escuela de Benasque, refugio cómodo y muy bien preparado para escuchar primero las explicaciones de Antonio Gros sobre los más mínimos detalles técnicos de los aparatos ARVA,

verdaderos corazones que laten bien fijados a nuestro costado para dar siempre señal a la que dirigirse en una búsqueda bajo la nieve.

Más tarde será en el comedor de nuestro refugio donde nos mezclaremos todos en torno a una mesa simpática y distendida que nos irá acercando los unos a los otros entre risas y comentarios en esta primera cena.



El herido se coloca sobre los esquís.

¿Qué se ve desde la cumbre?

A primeras horas, el domingo 17 nos llevará al Ampriu, pero esta vez ya sin forfait ni remontes mecánicos pues pasaremos a la acción en ese ansiado ascenso por laderas entre giros en vueltas de maría. Este será el segundo año en que nos atrevemos a conseguir una cima al final de la jornada y que no es una cima cualquiera.

Conseguimos coronar, pese al lento discurrir de las enseñanzas, la cumbre del Pico Cerler en un itinerario tranquilo y maravillosamente alpino.

Qué alegría se respira en el grupo mientras abrimos las mochilas para comer esos bocadillos tan celosamente guardados durante todo el día, admirando a la vez el incomparable paisaje divisado desde este mirador aislado en el centro del valle y presidiendo, cual atalaya, todo el dominio esquiable de esta estación amiga para los montañeros. Lanzados, poco después, a un descenso recuperador y no por eso menos atrevido, daremos por concluido nuestro primer fin de semana y regresaremos huyendo de los atascos carreteros.

Durante la semana, hay una tarde en la que podemos juntarnos y escuchar consejos en la sede del club por parte de monitores y de expertos en diferentes materias.

Como podéis observar, el curso combina prácticas en la montaña con clases teóricas. Unas versarán sobre cuestiones tan diversas como la meteorología, los primeros auxilios en el escenario de un hipotético accidente o nos reunirán en torno a los bancos de taller de los respectivos clubes donde se revelarán trucos y consejos para conseguir que el material esté a punto en nuestro siguiente fin de semana, esta vez en el entorno de la estación de Formigal y del Balneario de Panticosa.

Las suaves laderas del Portalet, en el alto valle de Tena, habían sido desde siempre el lugar más recóndito a la vez que ineludible para llevar a cabo las prácticas de iniciación al esquí de montaña. Estos últimos años, la expansión de la estación de Formigal nos ha empujado a buscar en Francia la tranquilidad de los espacios en libertad, pues nuestros vecinos han sabido preservar el territorio con la fabulosa protección de un Parque Nacional de los Pirineos.



Los cursillistas en la cumbre del Pico Cerler.

Cuchillas que salvan la vida

En el segundo fin de semana solíamos ascender al Pico Campanil d'Aneu o Canal Roya, pero este año, de nuevo, la amenaza del mal tiempo nos hace recorrer nuevos parajes partiendo de la antigua aduana del Portalet y ascendiendo por unas laderas, esta vez de nieve dura y bajo un débil sol que se transluce sobre un cielo cubierto, desmintiendo las predicciones que nos anunciaban otra vez los malos augurios de un invierno tan extremo.

En este sábado 23 de enero, segundo en las jornadas de prácticas, aprovechamos las circunstancias para enseñar el uso de las cuchillas antiderrapantes, verdaderas salvadoras del esquiador que asciende por pendientes de nieve dura, actuando como los clásicos crampones al cruzar un glaciar.

Es ya en Francia donde coronamos una pequeña cima, el pico Estremere de 2.165 metros y desde el que descenderemos por una canal, auténtico corredor empinado y con buena nieve. Hoy, de nuevo, disfrutaremos de un descenso seguro, pero no por ello menos excitante pues las características de la canal nos acercan más al esquí extremo sin añadir por esto riesgos indeseados ya que la nieve está durilla y bien asentada.

Como en tantas ocasiones, no puedo evitar incitar a los cursillistas gritándoles con fiado: ¡Ánimo, seguidme, está como en pista...! ¡Adelante...!

Una vez llegados a la base de la canal, en las inmediaciones de la cabaña de Tourmont, casi sin dar un respiro apenas para comer algo, reanudan algunos grupos las prácticas de búsqueda con los aparatos ARVA. El día, a pesar de la mala predicción, ha aguantado muy bien y con temperaturas suaves. Ya sólo queda un leve ascenso paralelo a la carretera que asciende el puerto del Portalet desde la vertiente francesa. De reojo, en la subida, no dejo de observar esas curvas finales de un puerto que conocemos tan bien pues nos evocan ediciones pasadas de la emblemática marcha ciclista Quebrantahuesos.

Se repiten una vez más las alegres saluciones por parte de los guardas de la Casa de Piedra, José Ángel, M^a Ángeles y Segis en cuanto traspasamos el umbral del más genuino de nuestros refugios. Como siempre, nos sentimos en casa, que es la de todos los que pertenecemos a la Federación Aragonesa de Montañismo. Igual que ocurría en Benasque, aquí encontraremos un sin fin de facilidades y atenciones pues necesitamos de un merecido descanso a la vez que recuperar energías con alimentos saludables y cariñosamente presentados en la cena.

Sabremos sin duda hacer un hueco en el comedor para recibir dos charlas estrella en la temática del curso. Una de ellas será impartida por nuestro gurú de la nivología, José Antonio Cuchí, de Peña Guara, que

una vez más nos mostrará los últimos avances de sus continuos estudios sobre el tema de las avalanchas y de su prevención.

La segunda, y no menos importante, nos la dará José Antonio Torrijos «Torri», miembro destacado del Greim de Panticosa y a la vez experto tutor de perros adiestrados en la búsqueda de víctimas de avalanchas. Será una charla impartida ya el domingo 24 por la mañana, completísima sobre las últimas conclusiones a las que nuestros representantes tuvieron oportunidad de asistir dentro de un simposio que tuvo lugar en los Alpes recientemente y donde se reunieron expertos a nivel mundial para acordar criterios en la defensa de las vidas de aquellos que se puedan ver afectados por los aludes.

¡Avalancha!

La mañana se ha despertado fría y nublada y aprovechamos la explanada frente al refugio para ejercitar todo un dispositivo simulado de operación de rescate ante una hipotética gran avalancha. Grupos de paleadores, sondeadores, vigías y vías de evacuación son concienzudamente dispuestos mientras llega el instante clave, cuando los perros en un santiamén encuentran a dos compañeros que habían sido previamente enterrados bajo sendas cuevas cavadas a tal efecto.

Todo discurre bajo la atenta mirada del grupo hacia las explicaciones de Torri, quien, en un inesperado momento, grita: «¡Avalancha!», y los cuarenta participantes del simulacro corremos por las vías de evacuación para escapar de la amenaza de una supuesta nueva avalancha.

Los trabajos concluyen a media mañana cuando se abren claros entre las nubes y decidimos salir del mismo Balneario para efectuar prácticas sin tener que viajar de nuevo a la zona del Portalet.

Son decisiones tomadas y consensuadas sobre la marcha pues en cada momento de estos cursos se sabe improvisar los cambios sobre el guion que las circunstancias aconsejen.

Nos dispondremos a recordar antiguos ascensos en busca de los lugares de vivac, hace unos años, por el pinar del Balneario que nos elevaba camino de los lagos de Brazatos y las laderas del pico Bacías.

En todo caso hoy, simplemente, ascenderemos para poder concluir otra práctica importante: excavar la ladera con un corte profundo y limpio que nos mostrará la estabilidad de las capas ante la presión ejercida por el paso de un esquiador.

Una vez concluida la experiencia y sabiendo que el manto nivoso permanece estabilizado emprenderemos el descenso hasta el Balneario animando los monitores a unos alumnos que en pendientes realmente inclinadas y ante las cuales hay quienes se detienen con respeto para escuchar y ver a sus guías cómo van encontrando las mejores alternativas de un itinerario entre pinos realmente espectacular.



El montañero será rescatado con ayuda de las palas.

Refugios en la nieve

Ya hemos pasado el ecuador de nuestro itinerario docente. Hemos cumplimentado las principales cuestiones teóricas, casi todas orientadas hacia las medidas de seguridad.

Es el último sábado, 30 de enero, cuando nos reencontramos en Benasque, otra vez con la borrasca de norte soplando en el puerto. No nos quedará otra solución que abandonarnos en un copioso desayuno mientras esperaremos la evolución del temporal.

Sobre las 11'30 h. partimos desde el parking junto a la barrera de acceso al complejo del Hospital de Benasque gratamente sorprendidos pues el viento ha cesado e incluso tímidos rayos de sol se escapan de entre las nubes y nos iluminan el camino de invierno majestuosamente cubierto por abundante nieve donde trazaremos profundas huellas que nos elevarán a otro reciente y exquisito paraíso de los montañeros: el Refugio de la Renclusa. Es allí donde David Lafont nos recibirá con los brazos abiertos, como siempre, y sin quitar la vista a cualquiera del grupo que aparente sentir frío o cansancio, ya que no dudará jamás en ofrecer una taza de caldo caliente o de tomar nota de los que prefieran huevos con panceta para entrar en calor.

Otra vez se pone a nevar justo al llegar al refugio. Está claro que nos acompaña y guía una buena estrella en nuestro deambular entre borascas y malos vientos. No obstante, no dudaremos en abrigarnos bien y salir de nuestro refugio antes de anochecer para emprender la enésima búsqueda con nuestros ARVAS así como cavar cuevas, nichos y elaborar iglúes buscando siempre un remedio donde refugiarnos frente a un hipotético problema en medio de la fría intemperie de la noche. Ya es noche cerrada cuando nos sentamos para celebrar la última cena del curso degustando un excelente menú y... ¿por qué no...? catando alguna que otra botella de buen vino del Somontano.

Durante la madrugada se dejan oír tremendas ráfagas azotando el tejado de nuestro dormitorio en lo más alto de un edificio que representa la esencia más genuina del pirineísmo.

Mientras tomamos el desayuno, a la mañana siguiente, es Antonio Gros quien decide salir y observar las condiciones meteorológicas. A su vuelta, nos confirma que la previsión se está cumpliendo pues se han abierto claros pero hace una advertencia: «Abrigaos, hace mucho frío».



El túnel da acceso al interior del iglú.

En el filo de la navaja

Antes de las ocho y media de la mañana salimos con todo el equipo y toda la ropa de abrigo camino a los lagos de Paderna. A nuestras espaldas, amenazadora, la «Gabacha», esa niebla tan típica que nos invade desde Francia por encima del puerto de Benasque, hace amago de envolvernos aunque ya a media mañana será el sol quien dirimirá

esta especie de combate que hemos librado durante tantas jornadas con el mal tiempo situándonos siempre «en el filo de la navaja».

Vencido el combate aéreo, fijamos nuestra mirada y nuestros temores en tierra, pues un poco más allá de los lagos vemos el collado de Paderna, nuestro objetivo en su vertiente sureste, que nos ofrece amenazadoras cornisas y una pendiente respetable. Serán los momentos más críticos de todo el curso. Nuestro avance se hace muy lento, las comunicaciones entre los monitores se pueden escuchar desde los walkie talkies. Aparecen dudas desde la cabeza del grupo que abre huella ya que aprecian problemas para acceder al collado.

Las dudas nos hacen pensar en regresar parte del grupo hacia la Renclusa aunque nuestro compañero Antonio Gros de un paso al frente buscando alternativas con otro trazado en el zigzag bajo las paredes y laderas que nos alejarán un poco de la zona más expuesta. Poco a poco se consigue abrir una solución final en el acceso al collado y en un lento, distanciado y pausado transitar de todos y cada uno de los componentes, conseguimos colocar a todo el grupo a la cara sur del pico de Paterna.

Se ha conseguido vencer un gran impedimento. Creo que por hoy ya nos vale. No intentaremos ascender este año una vez más a la cima pues la pala final se nos presenta descarnada por el viento y es presumible la aparición del hielo más duro recubriendo la roca.

Aventureros que nunca caminarán solos

Algunos ya adivinábamos lo que nos esperaba en el descenso por la cara norte de este emblemático paraje. Lo veíamos venir, una masa nada despreciable de nieve polvo nos hace levitar mientras giramos sin ver siquiera nuestras tablas y provocando gritos de satisfacción, tanto

de monitores como de alumnos, que por fin se sienten testigos del goce de la mejor nieve en el mejor escenario invernal de añoradas aventuras montaÑeras.

Está aquí precisamente la antesala de míticas cimas como el Alba, las Maladetas y es por este sumidero nevado, los tubos de Paderna, estrechos e inclinados, pero plenos de polvo blanco, por donde desfilaremos, como flotando uno a uno sabiéndonos detener para paladear cada giro más corto en las entrañas de estos corredores que nos acercarán casi con vértigo de nuevo al Hospital de Benasque. Destino final de un mágico descenso con diploma de graduación del no menos entrañable Curso Provincial.

¡Qué alegría se dibuja en los rostros de los que nos reuníamos al fin en una foto de grupo...! Un poco tostados por el sol pero desprendiendo esa luminosidad clara del que se sabe más amigo, más extrañamente unido en un destino común que ya no se acabará nunca. Todos hemos disfrutado cruzando el umbral hacia unas montañas enormes severas y temibles. Ellas nos han obligado a saber administrar las cantidades de riesgo como si entre probetas de un laboratorio hubiéramos discurrido para obtener al fin la poción mágica, esa invasión de bienestar placentero que tiene que ver con nobles objetivos como la salud, el ejercicio físico o los valores humanos más genuinos puestos en común por unos aventureros que «nunca caminarán solos» por estos valles recónditos en busca del paraíso de unas cimas que con su enorme grandeza nos advierten para siempre de nuestras humanas limitaciones.

Amigos, estos instantes finales son el premio que ansiamos los monitores durante todos y cada uno de los veintitantos cursos que hemos llevado a buen término. Son momentos llenos de gratitud y satisfacción que sin duda motivarán a los alumnos a seguir fieles a este sublime deporte. ¡Había incluso alguno que me suplicaba si podría venir el año que viene como ayudante...!

¡Esto sí es un éxito...! ¿O no...?



La alegría se muestra en la cara de los esquiadores.

El abrazo de los aludidos

Un café en el bar Alhambra despierta el recuerdo de un viaje casi sin retorno

Cae la tarde fría de diciembre. Como cada día, aparco la bicicleta junto a la puerta del bar Alhambra y, ya dentro, al calor de un buen café, extendiendo el periódico sobre la barra para iniciar su lectura reposada. Pero, ¡vaya sorpresa tan agradable! En primera página se informa, se resume, un encuentro de expertos reunidos en el foro que trata el tema de los aludes y de las técnicas de rescate en avalanchas.

Leo y leo con avidez y, mientras suena «Imagine» de John Lennon, siento una gran alegría y a la vez gratitud ya que por fin la prensa dirige su mirada hacia los temas de formación que atañen al montañismo invernal. No puedo evitar una sensación de desahogo y bienestar pero, a la vez, mis ojos se humedecen cuando en mi memoria afloran unas escenas que quedaron firmemente grabadas esa tarde del 10 de febrero de 2007 en aquel recóndito paraje alledaño a la estación de esquí de Formigal.

En muchas ocasiones he narrado aventuras montañeras que vienen a ser una recopilación de vivencias cuya lectura desprende aromas de optimismo. Destilan alegría y desfilan ante el lector al son de una alegre balada, entre pinceladas que para algunos estarían teñidas con tintes de épica pero que, al fin y al cabo, solo muestran la emoción que sacude nuestro corazón durante el desarrollo de la actividad deportiva.

Hoy no es el caso. Hoy intentaré narrar un episodio que, sin duda, se acercará más a una tragedia que, situándome al borde del precipicio, concluirá en un instante de catarsis después del cual pudiera no haber retorno.

Será como fijar una disyuntiva sobre mi larga trayectoria de vivencias orientada a la enseñanza en los cursos de esquí de montaña dirigidos a

tantos y tantos jóvenes que se han acercado hasta nuestros clubes, ávidos de aprender y ejercitarse en este deporte.

Amigos zigzagueando en pistas recién estrenadas

Aquel sábado, como de costumbre, acudíamos a la estación de Formigal pero con grandes expectativas ya que, aunque el invierno discurría escaso de nieve, en la víspera de nuestra cita habían caído diez centímetros y esto nos permitía afrontar la jornada con optimismo, trazando nuestra huella sobre nieve fresca, bajo un tímido sol que pronto desaparecería, aunque en esos primeros instantes propiciaba la mejor manera de pasar el ecuador del curso de iniciación.

En mi grupo se había instalado un sentimiento de cordialidad y simpatía al recordar el anterior fin de semana en Cerler, donde habíamos superado las dos jornadas con soltura a pesar de la escasez de nieve. Poco a poco nos íbamos haciendo más amigos. Pilar, Richard, George y Jordi, nunca había tenido un grupo tan variopinto.

George Lovett, era un inglés que estaba en Huesca haciendo un trabajo de investigación sobre temas de arquitectura y aprovechaba la oportunidad que le brindaba el Club Peña Guara para acercarse al Pirineo.

Pilar Valdivia, de familia muy montañera, con ancestros venidos de Perú, siendo ella un prodigio de simpatía que sin duda aportaba un cálido matiz femenino al conjunto.

Richard Lázaró, fuerte y joven, se sentía muy próximo a mí pues ambos veníamos desde Barbastro.

Por último, Jordi, de origen catalán, era un joven tímido y agradable, siempre respetuoso pues para él, que estudiaba ingeniería agrícola, comportarse y aprender estaba en su agenda diaria.

Éramos uno más entre los grupos que zigzagueaban por el exterior de unas pistas recién estrenadas, pero que a la vez eran parajes de sobra conocidos por nosotros. Habían sido escenarios de nuestras prácticas hace muchos años y ahora la expansión sorprendente del esquí de pista nos veía poco más o menos como intrusos en unos recorridos tantas veces realizados.



Foto del grupo ascendiendo.

Un grito apagado detiene la marcha

Rozando el mediodía, una vez habían sido abandonadas las pistas, aprovechábamos una vieja cabaña para comer algo pero de forma alterna y sucesiva pues nuestro cobijo no era muy grande y además los grupos, marchando a diferentes velocidades, poco a poco se habían distanciado.

La tarde se había vuelto gris y un poco fría, no así nuestro ambiente, que cada vez se caldeaba más entre risas, comentarios alegres donde el idioma inglés así como el francés se interponían en una fluida conversación que era casi amigable tertulia. Siempre me ha gustado hacer en las clases una sucesión de conceptos transcritos desde el guion pero que una y otra vez se han de ver complementados con recursos didácticos basados en experiencias más de veterano que de monitor y que actúan a modo de trucos entremezclados con mi afán por conocer y aproximarme a estos jóvenes que siguen fielmente los consejos y la huella trazada por mí.

Nuestra tertulia, una vez más, nos había situado al final de todos los grupos. Parecía mentira, pero conforme ascendíamos por las laderas, tras un largo viraje, se nos presentaban nuevos horizontes con menos nieve hasta el punto de que, en un momento dado, la huella de los que nos precedían desaparecía entre la hierba y perdíamos contacto visual con los otros. No sentí en ningún momento preocupación pues estábamos ya a cierta altura, comunicados siempre por radio aunque hacía rato que no se oían comentarios de mis colegas monitores. No me había enterado de objetivos tales como una cima concreta y giré mi cabeza buscando alternativas para acabar la jornada. A mi izquierda, sin parar de marchar, observé un pequeño vallecito donde una de sus vertientes estaba perfectamente innivada, no así la otra.

Decidí ascender por ese valle trazando con cuidado y atención una huella en zigzag al pie de una zona rocosa pero que nos permitía progresar pisando buena nieve. Era consciente de que por ahí no

habían ido los otros grupos y esto me hacía escudriñar los altos en silencio como si concentrándome lograra una solución de continuidad para una jornada que acabaría en cuanto los otros grupos tocaran cima a no mucho tardar y así lo comunicaran por la radio.

Nuestra silenciosa marcha se truncó de repente cuando se oyó un grito apagado. Instintivamente me volví a la izquierda, de dónde provenía el grito, preguntándome extrañado, ¿qué pasa? Mientras, el resto del grupo se volvía hacia la derecha, mirando a la pared, como confundidos por el rebote del sonido.



Estábamos siempre comunicados por radio aunque hacía rato que no se oían comentarios de mis colegas monitores.

Un río de nieve sepulta a un miembro del grupo

¡No lo podía creer...! Durante un par de segundos vi al último componente de nuestro pequeño grupo descender tumbado sobre un río de nieve a velocidad considerable, y digo solo durante dos segundos, pues unos bloques grandes de piedra me impedían seguir la trayectoria que nuestro compañero tomaría mezclado entre torrocos de nieve.

Alerté al resto de los alumnos de lo que se había producido. Les dije que se dieran la vuelta y descendieran conmigo solo unos metros. Estaba muy inquieto por saber dónde se había parado Jordi.

Al llegar a los restos de la avalancha vi que era larga y estrecha. Identifiqué el lugar donde había visto a nuestro compañero por última vez pero más abajo sólo se veía nieve agrumada y no había rastro alguno del infortunado alumno.

Me volví al resto del grupo. Estaban todos mudos, expectantes.

A mí se me agolpaban en la cabeza tantas cosas muchas veces oídas, repetidas, practicadas. Creía que el corazón, agitado en exceso, me iba a salir por la garganta, repentinamente, seca y encogida: ¡Por favor, haced lo que yo os diga...! ¡Apagad la emisión de vuestros ARVAS (aparatos de búsqueda de víctimas de avalancha)! ¡Vamos a empezar a buscar con tan solo uno...!

Comenzamos a sacar de nuestras mochilas las palas de aluminio, elemento clave en las tareas de búsqueda, así como de todo el material disponible. Era Richard quien se pegaba a mí mientras el resto se quedaban en la zona alta, apartados, y entre ellos Pilar. Era la encargada de avisar a los otros compañeros con el walkie talkie, ya que no había cobertura de telefonía.

Nada más conectar el aparato en fase de búsqueda, se oyeron demasiado fuertes los pitidos, demasiado altos, demasiado cerca... No podía ser. Le pregunté a Richard si había apagado su aparato y él, un poco turbado, dijo que no. ¡Habíamos errado el primer paso! Había que comenzar de nuevo, esta vez sí, con un único aparato. Y se volvieron a oír los pitidos, aunque ahora un poco más lejanos.



Sólo se veía nieve agrumada y no había rastro alguno del infortunado alumno.

Desenterrando al esquiador sepultado por la nieve

Afortunadamente, el recorrido de la avalancha se nos presentaba muy alargado y estrecho, de tan solo cuatro metros, lo que nos hacía recorrerla simplemente en línea recta, en sentido descendente y veíamos con entusiasmo cómo las señales del aparato de búsqueda, conforme bajábamos, se iban haciendo más patentes. Tan solo había que ir regulando, afinando las distancias de nuestro ARVA, para

comprobar con esperanza que estábamos acercando nuestro rastreo hacia la víctima.

Mi cabeza se adelantaba y, estremecida, resultaba golpeada por terribles sospechas acerca del estado de Jordi. Veía claro que no tardaríamos en encontrarle pero, ¿cómo estaría...?

Por fin nos vimos acariciar la nieve con el aparato en distancia mínima donde el pitido nos delataba la posición exacta. No cabía duda... ¡Había que empezar a palear...!

Richard y yo hundíamos nuestras palas en medio de un nerviosismo que, pese a todo, no atenazaba nuestros brazos. Comenzábamos a perfilar ya un agujero de más de un metro y ni rastro de nuestro compañero. Una cosa era clara: el localizador garantizaba que estábamos sobre la víctima. Tarde o temprano aparecería. Y así fue, tras levantar con la pala un buen cacho de nieve, apareció un guante que todavía sujetaba el bastón.

¡Santo Dios...! Pero permanecía inmóvil... Nuestros corazones explotaban como nuestros ojos, que se salían con revuelo de las órbitas. Gritamos a los compañeros que se contagiaban de la expectación igual que nosotros. Ahora, poco a poco, mientras uno apartaba con la pala la mayor cantidad de nieve posible, el otro, ayudado por las manos y la pala, iba desenterrando el brazo en dirección al tronco.

Nuestro compañero fue apareciendo paulatinamente en el fondo de este socavón que ya tenía más de metro y medio y donde escasamente cabíamos Richard y yo. Nos dimos cuenta, adivinábamos que estaba enterrado en posición invertida, con las extremidades extendidas como en forma de aspas e incluso con esquís y bastones todavía enganchados a su cuerpo.



No cabía duda... ¡Había que empezar a palear...!

El parto de la nieve

Una cosa me atormentaba desde los primeros minutos: el esquiador que estábamos liberando de la avalancha de nieve ¡permanecía inmóvil...! En solo unos minutos llegó el momento clave, pues ya solo con las manos, en lo más hondo, accedimos a la cabeza.

Apareció un rostro sin gafas y los ojos cerrados acentuando una lívida expresión. Toda la cara estaba en contacto con la nieve, pero al liberar los labios, estos se movieron de golpe, como escupiendo nieve a la vez que balbuceaban: «¡Estoy bien...!»

¡Eso era lo que deseábamos oír...! Su voz entrecortada se calló por unos instantes dejando el frío rostro esbozar una sonrisa que incomprensiblemente irradiaba serenidad. Toda la que nos faltaba a nosotros, que gritábamos de júbilo mientras el resto de los compañeros

se arremolinaba en torno al agujero que ya casi profundizaba en la nieve los dos metros.

Una vez desenganchados los esquís de las botas colocamos a Jordi en posición erguida y le sacamos los guantes para hacerle friegas con nuestras manos calientes.

Él tenía las manos heladas y sus ojos ahora nos miraban con un intenso brillo que hasta deshacía el hielo de sus cejas. Ante esa extraña entereza, le abordé para preguntar cómo se había sentido, si había podido respirar bien... Él, con su voz trémula, nos explicó que había mantenido la calma, manteniendo también la respiración a un ritmo pausado para no agobiarse, pues estaba totalmente convencido de que lo íbamos a sacar. Sabía que su segundo corazón, el electrónico, no dejaba de palpar desde su costado y sus señales nos acercarían a él. Esa era la clave por la que la serenidad le permitía afrontar el trance con una fe inquebrantable.

Por fin llegó el momento en que todos, de forma instintiva, nos acercamos a Jordi y de pie, en torno a él, extendimos nuestros brazos en un abrazo enorme, a la vez que empezábamos a saltar y estrecharnos con fuerza... ¡Cuánto júbilo... ! ¡Era el abrazo de los aludidos! La emoción nos sofocaba. ¡Hacía realmente calor...!

En tan solo quince minutos habíamos conseguido lo que más tarde se me apareció en mi mente como el recuerdo del nacimiento de mis dos hijas, lo asimilaba como si de un parto se tratara, la montaña nos había devuelto sano, ileso, a nuestro amigo.



Toda la cara estaba en contacto con la nieve, pero al liberar los labios, estos se movieron de golpe, como escupiendo nieve a la vez que balbuceaban: «¡Estoy bien...!».

Descender la suave ladera hacia la normalidad

Pilar había contactado por radio con los compañeros, ya les había comunicado el feliz desenlace y no tardaron ni veinte minutos en aparecer tras el rescate. ¡Qué fácil se contagió el entusiasmo entre los que llegaban...! ¡Todo eran sonrisas y saludos...!

La tarde iba cayendo, cada vez más gris, más fría e incluso comenzaba tímidamente a nevar. Fuimos preparando todos nuestros equipos, incluido Jordi, que se fijó otra vez los esquís y los bastones, como si nada hubiera pasado. Parecía que todos queríamos volver a la normalidad y esta nos hacía comenzar a descender uno tras otro por aquellas suaves laderas hacia el aparcamiento de Anayet.

Yo lo tenía muy claro, me situé detrás de Jordi a modo de guardaespaldas y saboreaba más aún que él cada uno de los giros que este muchacho tranquilo repetía una y otra vez como si nada hubiera ocurrido.

Una vez llegados a los coches quise llamar por teléfono a mi presidente, José Masgrau, para comunicarle lo sucedido y tranquilizarle.

Aquella noche, en el refugio Casa de Piedra, en el Balneario de Panticosa, Jordi quiso retirarse pronto a dormir tomándose un analgésico pues le dolía un poco un costado. Además, quería descansar pues al día siguiente continuaría con la actividad del curso intentando hacer del retorno a la normalidad serena, una conclusión personal de su experiencia.

Los demás aún tuvimos ánimos para salir hacia los hoteles del Balneario para tomar algo y comentar lo que nos había pasado. De alguna manera celebrábamos que el protocolo establecido en caso de avalancha se había aplicado tal y como tantas y tantas veces se había ejercitado en las clases prácticas del curso. También era evidente que nuestras reflexiones nos iban a sugerir pequeños cambios en las pautas de comportamiento allí donde fuera necesario.

En los cursos, los grupos irían más próximos unos a otros siempre que fuera posible y desde el primer momento se encontraría un rato para realizar las prácticas de búsqueda con los aparatos ARVA. Era obvio que siempre se comprobaría al inicio de cada jornada de cursillo el buen funcionamiento de todos y cada uno de los ARVAS de los participantes.

En definitiva, que estas situaciones nos han de ayudar a seguir hacia delante cambiando los aspectos que haya que cambiar para afrontar problemas como éste, pero si se puede, mejor evitarlos.

Como os decía al principio, un hecho aislado, de repente, nos puede colocar ante una disyuntiva, casi al borde del precipicio.

Gracias a Dios, lo que podía acabar en tragedia tan solo fue un susto. El variopinto grupito de Pedro todavía sigue en contacto a través de

internet bajo un lema unánime: «Estar para siempre unidos por el fraternal abrazo de los aludidos».



Acabamos la jornada comentando lo ocurrido y celebramos que el protocolo en caso de avalancha se había aplicado correctamente.

¡Como viejos rockeros...!

Los viejos rockeros nunca mueren

Estábamos en la recta final del mes de mayo. Las fechas casi se tocaban, la agenda se apretaba y aun así me esforzaba por llevar muchos temas adelante. Uno de ellos procedía de un empeño colectivo por parte de la plataforma «Barbastro en bici». Por fin íbamos a marchar el domingo 29 por las vías abandonadas que el viejo tren recorría entre Barbastro y Selgua y, precisamente ese domingo, queríamos pedir que tan pronto como se pueda, sean convertidas en «Vía Verde». No era mi única actividad este fin de semana. El sábado 28 teníamos mi amigo José Luis y yo un desafío pendiente: la Marcha Cicloturista de los Puertos de la Ribagorza. De entre las dos, esta era la fecha que más temía pues mis recuerdos de pasadas marchas Quebrantahuesos me hacían presagiar una pesada tortura si no se llega a estas citas con el debido entrenamiento y, sin duda, era este nuestro caso.

Para colmo, el jueves 26, realizando la última entrevista de promoción de la Marcha por la Vía Verde en Hit Radio El Grado, mi amigo Alejandro Ballesteros, que realizaba un programa especial dedicado a la prueba cicloturista, se sorprende cuando le comento que también yo me animo y voy a los Puertos. En tono coloquial e irónico me insinúa: —Pero, Pedro... ¡que tú ya no estás para estos trotes...! —¡Vaya!, ¡lo que me faltaba por oír...! Sin pestañear le respondo: —Pues sí, Alejandro, reconozco que tengo algo de edad pero, como soy montañero, me considero aún un rockero. Ya sabes aquel dicho: ¡Los viejos rockeros nunca mueren...!

Una estrategia conservadora

Una vez en Graus, en la mañana del sábado 28, con mi compañero José Luis quedamos impresionados por la multitud de jóvenes ciclistas que se agolpaban en la salida y nos situamos entre los últimos, si bien no es

menos cierto que por el camino me distraje a última hora tomando un café cargado en el bar Lleida. Las anteriores semanas de entreno habíamos consensuado una estrategia conservadora mientras realizábamos los itinerarios de preparación que nuestras obligaciones y compromisos nos permitían.

Incluso me había tomado un día de fiesta laboral para probarme en solitario pedaleando en larga distancia. Sabía, por mi amigo Víctor Andreu, experto ciclista, que esta prueba me costaría media hora menos que la Quebrantahuesos. ¡Vaya consuelo!, si antes de esa media hora habían de pasar otras ocho de brega intensa.

Por fin salimos y durante largos segundos permanecemos embutidos en un ceñido pelotón que comenzaba poco a poco a desperezarse. Nada más abandonar Graus vi cómo todo el mundo aceleraba adelantándome por el valle del Isábena hacia Lascuarre.

También José Luis se había dejado llevar por la marea multicolor. Poco a poco sentía que las piernas cogían ritmo y temperatura, pero apelé a mis principios y mantuve una suave cadencia.

Al empezar el puerto de Lascuarre me encontraba un poco mejor constatando que iba casi el último. Pero este será siempre mi terreno y, en unos minutos, ya rebasaba algún ciclista que se había descolgado de algún grupo.

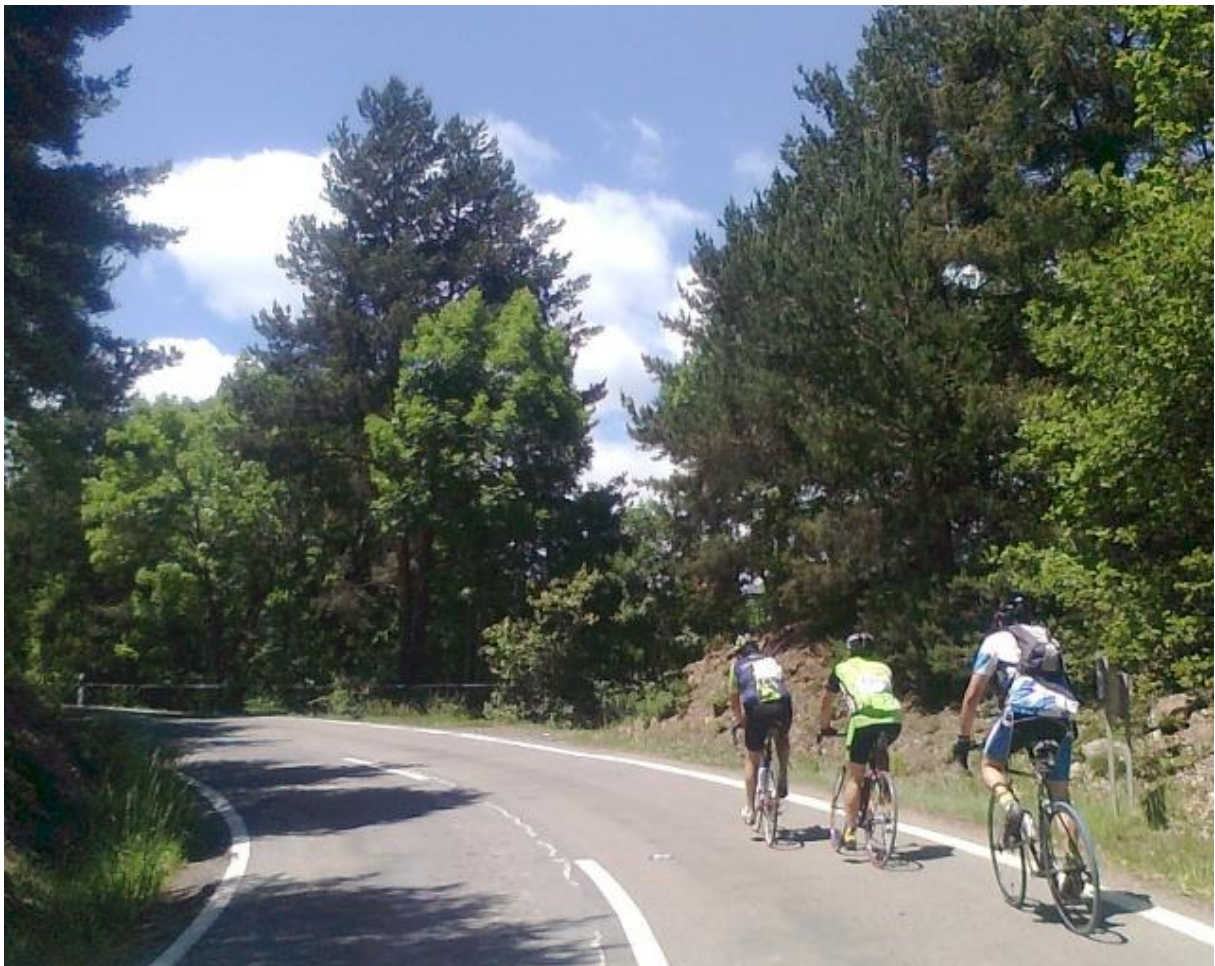
No dejé de escudriñar las curvas que se adivinaban entre el espeso bosque, tan verde y fresco como lleno de aire puro, hasta que por fin descubrí a mi compañero. ¡Sabía que me esperaba...! Ahora íbamos los dos a rueda al ritmo que tanto conocemos y que nos gusta utilizar en las salidas habituales de fin de semana.

Casi sin darnos cuenta nos quedamos solos coronando este primer puerto de Lascuarre e iniciamos el descenso a Benabarre raudos y bien compenetrados.

Hasta llegar a Torres del Obispo supimos recuperar minutos alcanzando velocidades de vértigo por una larga bajada de aspecto y asfalto impecable.

Al entrar de nuevo a Graus formábamos parte de un estirado grupo y desde muy cerca recibíamos el caluroso aplauso de los vecinos justo antes de alcanzar el primer avituallamiento.

En esta primera parada y, casi sin mediar palabra, continuamos la estrategia: comer plátanos, rellenar los bidones con bebida isotónica, buscar en el monte un WC improvisado y, sin perder un segundo, continuar la marcha.



José Luis, otro corredor y Pedro Solana.

Están ustedes fuera de tiempo

Fue en el ascenso a Campo, donde de nuevo me propuse una marcha conservadora que me hacía perder la compañía de José Luis. Disfrutaba de una ventaja con la que superar la inexperiencia de ser bisoño en esta prueba. Hace años que aprendí cada curva y cada resalte de este recorrido pues, a tramos, en numerosas ocasiones tuve el privilegio de disfrutar de estas carreteras y sus esplendorosos paisajes. Nada más cruzar la localidad de Campo, escuchaba complacido los comentarios de los participantes, sobre todo catalanes, sorprendidos por la altivez y belleza que desprendía la imponente mole del pico Turbón. Nos disponíamos a circundarlo en sus trescientos sesenta grados de macizo aislado del no muy lejano encadenamiento pirenaico. Ya en algunas de las rampas que nos conducirían al puerto de Serrate se podían leer carteles que nos advertían desniveles del 8%, circunstancia me hacía redoblar la prudencia, a pesar de sentirme muy bien.

A causa de unas obras en la carretera se produjeron algunos pinchazos, y no solo en las ruedas. Observé a un ciclista que acababa de ser atendido por la Cruz Roja y, al colocarnos a la par, quise interesarme por él. Me explicó que llevaba un tirón en un gemelo y sentía dolorosos pinchazos.

Ya era el mediodía cuando llegando al segundo avituallamiento, en Egea, me encontré a mi compañero José Luis que me esperaba comiendo, como siempre, plátanos troceados.

Había muchos participantes que deambulaban entre las mesas repletas de dulces, pastas y fruta y, al mezclarme con ellos en las colas frente a las mesas, no podía evitar preguntarme cuántos decidirían bajar a Graus en el itinerario corto y si habría muchos que nos acompañasen a lo más alto del recorrido largo.

Otra vez intentamos arañar algún minuto arrancando pronto los dos solos en una última rampa antes de coronar el alto de Serrate.

En este preciso instante se produjo nuestra particular involución en forma de insospechada catarsis. Celebrábamos José Luis y yo la consecución de este segundo puerto cuando se nos acercó una moto de la Guardia Civil con su megafonía funcionando tan solo para nosotros dos : «¡Están ustedes fuera de tiempo...!» . ¡No podía ser...! ¿Por qué no lo habían advertido a la multitud que se reunía confiada en el avituallamiento...?

Con evidente desazón le manifesté a mi compañero que esto no nos lo podían hacer. Quería, como fuera, convencerle de que seguiríamos hasta el final costara lo que costara.

Ahora todo eran prisas, iniciábamos un alocado descenso hacia el valle del Isábena observando que rebasábamos la moto en un pueblo en el que paraba para ajustar su programado cierre.

Menos mal, nos sentimos de nuevo dentro de la marcha y en el fondo del valle, ante la elección que nos propusieron los de la organización, respondíamos con brío que nuestra decisión era la marcha larga.

Ya no quedaban plátanos

Pronto estuvimos en el ascenso hacia el monasterio de Obarra sintiendo la presencia de la dichosa moto de la Guardia Civil a unos pocos metros, como pisándonos los talones.

Nuestro ritmo había aumentado y nos permitió alcanzar a un ciclista que se unió a nosotros. En pocos segundos, tras las presentaciones, ya éramos amigos. Se trataba de Jesús, compañero directivo del Club Montisonense de Montaña.

Para colmo, sonó repentinamente mi teléfono móvil y yo, nervioso, lo intenté responder a la vez que se oía desde la moto: «¡Ese móvil...! ¡Está prohibido...!» ¡Maldición! Hube de colgar de inmediato y desahugué la rabia aumentando el ritmo de pedaleo.

Adolecía con el estrés de esta inesperada persecución y ya en los túneles de Obarra dimos alcance a otro rezagado. Esto nos hará olvidar el apremio de la moto, que ahora cerrará a otro corredor, me decía a mí mismo intentando animarme a la vez que encarábamos con ritmo ligero el alto de Bonansa. De hecho, su inicio ya lo marcaban los carteles de la prueba en los túneles de Obarra pero yo sabía que de sobra que lo peor son los dos últimos kilómetros.

Es como si siempre hubiera pedaleado por el interior de estos bosques inmensos, siempre acariciados por una suave brisa que se congela sorteando la maraña de troncos, bajo espesas y verdísimas penumbras.

Otro descenso tan vertiginoso como agradable nos condujo al río Baliera ya en la Nacional 260 que en apenas unos kilómetros nos haría arribar a Noales. Aquí un avituallamiento líquido nos permitió recuperar a un grupo de participantes y también abandonar definitivamente la amenaza del cierre.

Al disponer tan solo de líquidos en las mesas no nos quedaba más remedio que echar mano de los alimentos que portábamos, pues el coll de Espina se nos presentaba amenazador con sus cinco kilómetros al 7'5% sin descansos. Ya lo había advertido el inefable de Alejandro Ballesteros en sus comentarios como «speaker» en la línea la salida a primera hora de la mañana.

Era ahora cuando más fustigaba el sol cuyo brillo nos deslumbraba y esto me hacía buscar en cada revuelta de la carretera las sombras de los pinos que se agolpaban en interminable hilera sobre las cunetas como si de entusiasta público se tratara.

Ya casi arriba, sentí a modo de puntilla que se me agarrotaba el cuádriceps izquierdo. ¡Lo que me faltaba...! No quería bajarme de la bicicleta pues perjudicaría a mi compañero. Instintivamente masajeeé con mi mano el muslo a la vez que lo empujaba con fuerza hacia abajo en cada pedalada y esto me funcionó ya que logré recuperarme.

Al coronar el alto de Espina, pasados de largo los mil metros de altitud, el bosque y el paisaje se abrieron. Nos inundó de nuevo a plena luz el sol sobre el verdor claro de los pastos de montaña y allá enfrente apareció majestuoso el macizo de Posets, aún nevado sobre las crestas afiladas de la Sierra de Chía. Ya casi estábamos al final de estos dos últimos collados, Espina y Fadas.

Al llegar a Las Paúles, recibimos calurosos ánimos de las voluntarias que atendían el avituallamiento con garbo pero por desgracia ya no quedaban plátanos. ¡Vaya rémora esto de llegar tarde...!

We will rock you

Breves instantes de suave descenso nos conducirán a las escasas rampas de acceso al punto más alto de todos: el Coll de Fadas. Ahora un larguísimo descenso por el interior de un frondoso bosque nos hará sentir frío antes de llegar a Castejón de Sos. Las piernas, casi dormidas, se desperezaron pronto y se animaron al conectar la carretera que bajaba junto al río Ésera. De repente apareció amenazante un viento de bochorno que soplab a ráfagas contra nosotros por el Congosto de Ventamillo. De manera espontánea y ciertamente instintiva habíamos formado un grupito solidario que comenzaría a hacer relevos desfilando en perfecta y muy pegada fila india para evitar el viento en contra.

Si alguien se pensaba que ahora era todo fácil se equivocaba de pleno. Yo, al menos, lo tenía muy claro al pasar la película de este descenso en mi mente pues, sin duda, había que administrar las fuerzas encarando este último trozo rompepiernas.

Daba igual, el entusiasmo de sabernos finalizadores nos hizo, a partir de Campo, explotar en cada relevo y mi compañero José Luis y yo mismo encabezamos este pequeño pelotón.

Cerca ya de Santaliestra alcanzamos a un par de catalanes que andaban un poco dormidos pero que se nos pegaron literalmente.

Entre relevos endiablados y sentimientos reconfortantes entramos por fin en la meta de Graus.

Ya en el Alto de Serrate, al sentirme acosado, tuve el presentimiento y también la determinación de que lucharía hasta el fin por acabar. Con el espíritu en ebullición me sentía muy rockero, algo viejo, pero con ganas de saltar como tantas veces al bailar en las noches veraniegas de pasadas fiesta en Laluega o Estada. Al cruzar la meta y escuchar el pitido del chip se cumplió la premonición: ¡Estamos dentro, por Dios! Una vez hubimos echado el pie a tierra recibimos el agradecido apretón de manos de los catalanes por haberles llevado tan bien en la bajada. Como en una noche rockera resonó machaconamente en mi cabeza durante toda la jornada una y otra vez aquellas palabras y su desgarrada melodía tan sugerente: «¡We will... we will... rock you...!»

Sí, Alejandro, como te decía en la entrevista de Hit Radio, aunque llegásemos de los últimos, nos alegrábamos igual que jóvenes vencedores, aunque fieles a la filosofía que nos hace sufrir y luchar, como viejos rockeros.



Coll de Fadas, 1.470 m.

De Ordesa al Mont Blanc... ¡El gran salto!

Porque Ordesa es una fábrica de sueños

Esta nueva historia se gestó en el verano de 1989, como a mí me gusta, desde lo más profundo de nuestros valles pirenaicos. Éramos cuatro amigos, muy buenos, que habíamos plantado la tienda de campaña en un paraje excepcionalmente bello a la vez que prohibido. Se trataba del circo de Soaso, junto a la cascada Cola de Caballo en el valle de Ordesa. Ustedes se preguntarán, ¿cómo se atreven estos jovencitos a pernoctar en medio de un Parque Nacional? Sencillamente les puedo responder: una tormenta muy violenta se acababa de desencadenar. El objetivo, evidentemente, era llegar al Refugio de Góriz, pero esta circunstancia del mal tiempo, añadida a la semioscuridad de la tarde propiciada por los negros nubarrones y, ¿por qué no?, el desenfado añadido con que se ve la vida rondando la treintena ayudó para que en cinco minutos, estuviéramos todos recogidos y a salvo de la lluvia a la vez que sobrecogidos por el retumbar de los truenos entre las murallas de Ordesa.

El plan era desmontar el campamento con las primeras luces al día siguiente y continuar hasta el Monte Perdido como así fue. Además coronamos una segunda cima, el Cilindro de Marboré, dada la voracidad que nos acuciaba cada vez, siendo estas muchas, que diseñábamos aventuras en todos los rincones imaginables de la cordillera nada más abrir, bien fuera un libro-guía, bien fuera un mapa pirenaico de referencia.

Uno de los cuatro amigos, Carlos Vives, en medio de la conversación despreocupada hacia el aguacero que caía sobre la tienda después de los truenos, llegó a encandilarnos con el relato de sus múltiples aventuras vividas lejos de este ámbito natural de los Pirineos.

Carlos hacía unos años que visitaba los Alpes, atreviéndose incluso a realizar escaladas de cierta dificultad.

A José Ramón Agraz «Firki», que era el más novato, a Pili Noguero y a mí, aquellos escenarios se nos antojaban lejanos aunque al menos, desde hacía tres años, en 1986 (fecha de la adhesión a la UE), ya no hacía falta pasaporte para visitarlo pues éramos, de hecho, ciudadanos europeos.

Carlos no paró en toda la noche de explicar los recovecos de un desafío que atrae a cualquier montañero. Ascender el Mont Blanc, sus 4.810 metros representan la cúspide de una pirámide imaginaria en el corazón de los montañeros; es un templo donde se venera el genuino espíritu de aventura que impregna el mundo de la montaña. Es el techo de esta vieja Europa en la que surgió el primigenio amor por conquistar cimas. Por todo esto que os cuento el Mont Blanc viene a ser el destino soñado de montañeros de todo el mundo.

Carlos provocó a todos y cada uno cierta curiosidad e inquietud. Quiso quitar misticismo al desafío. Él lo había hecho y por eso nos animaba a encararlo. Nosotros recogimos el guante retador con la determinación de realizar la hazaña ese mismo verano. La fecha ideal serían los cuatro o cinco días del puente de la Virgen de Agosto. Iba a ser, como casi todos los retos que en este foro he narrado, una apuesta arriesgada, un cara o cruz frente a las condiciones meteorológicas ya que no existían redes sociales que consultar ni muchos días de los que disponer en caso de que hubiera mal tiempo.



Carlos Vives en la cima de Castanesa, año 91 con Pedro mano a mano.

De Barbastro a Chamonix, un viaje al corazón del alpinismo

A primera hora de la tarde de aquel día, víspera del puente festivo, tras salir de nuestros respectivos trabajos partimos desde Barbastro siguiendo fielmente el guion que nuestro amigo trazó la misma noche en que se planteaba la aventura. Entre otros consejos para el viaje, atravesar la cordillera por Puigcerdá fue quizá un pequeño desatino, ya que aquella carretera de montaña resultó ser un interminable ir y venir de curvas y contra curvas más numerosas, si cabe, en el lado francés.

Con mi Renault 5 TS repleto de bultos y después de transitar siempre a 40 km/h porque aquel territorio era una sucesión de urbanizaciones entre municipios, buscábamos desesperadamente la autopista que haría, en un área de servicio lo más alejada posible, de improvisado lugar de pernocta y posterior desayuno.

Fueron tan solo unas pocas horas de insomnio en medio de la emoción que, por lo menos a mí, embargaba el descubrimiento de nuevos horizontes a la vez que sugerían gran excitación ante la lejana conquista.

La segunda jornada de nuestro periplo concluyó en Chamonix, capital del alpinismo por excelencia y siguiendo las recomendaciones de Carlos, visitamos la casa de los guías para consultar la meteo. En aquella céntrica plaza junto a la casa de los guías hay una estatua de bronce con dos figuras. Son las figuras del guía Jacques Balmat dirigiendo su brazo a la cumbre mostrándola al sabio ginebrino Horace-Bénédict de Saussure, quien queriendo hacer observaciones científicas de la montaña ofreció una gran recompensa a quien encontrara una ruta practicable para acceder a la cumbre. A las 18'30 h. del 8 de agosto de 1786 este mismo guía Jacques Balmat junto al médico Michel Gabriel Paccard conseguían subir al Mont Blanc. Era la gran «primera» de los Alpes en llegar a cumplirse.

No recuerdo cuál era exactamente aquel parte meteorológico, pero no sería muy malo ya que tras la charla con los guías sobre el estado de la vía normal, seguimos el guion establecido por nuestro amigo Carlos y así fue como encontramos el camping que él nos recomendó. Era el más barato y por lo tanto el más cutre de aquella localidad tan turística.

El plan era dormir allí y dejar la tienda y el coche bien guardados mientras se producía la aventura de atacar la cumbre.

Al menos la hierba era espesa y abundante como es lógico a mil metros de altura y sobre los servicios mejor no comento mucho, ya que tan solo con visitar aquellas letrinas se me cayeron todos los esquemas sobre alojamientos turísticos mínimamente equipados. Sin duda, un precio económico era el mejor argumento para recomendar aquel camping, llamado, creo, La Pierre D'Ortaz.



Carlos y Pedro en el Col d'Aspin.

Anhelos de conquista catapultan nuestro sueño

Tras la segunda pernocta del viaje, bien pertrechados con todo el material necesario, íbamos a catapultar este sueño de conquista por medio del vuelo en el teleférico de Bellevue, partiendo desde Les Houches a las 8 de la mañana, hasta la estación del tranvía (Tranway) del Mont Blanc, a 1.794 m.

El tren cremallera sube por un valle que flanquea el glaciar de Bionnassay y desmontábamos en el paraje llamado nido de Águila (Nid d'Aigle), a 2.380 m.

El día era excelente, y hacíamos una bonita foto con nuestro objetivo nevado al fondo.

Al llegar al pie de la aguja (Aiguille) de Goûter, comenzaban las dificultades. No recuerdo si nos encordamos para atravesar el punto negro más peligroso de aquella jornada. Eran tan sólo treinta metros de ancho del corredor (couloir) de Goûter y había que atravesarlos rápido ya que por este tobogán caen a menudo piedras de todos los tamaños desprendidas en la parte alta del corredor durante las veinticuatro horas del día a causa de los intensos cambios de temperatura que rompen el hielo donde se sujetan las rocas.

Aquellos años ochenta habían sido para nosotros los del descubrimiento de la escalada, y esta práctica ya tan arraigada, permitía el ascenso confiados hasta el refugio de Goûter por una ruta bastante vertical con grandes bloques de piedra cosidos literalmente por unos cables de ayuda muy seguros haciendo pasar un buen rato de entretenimiento pero con la atención muy puesta en cada asidero como si de un largo «paso de Mahoma» (pico Aneto) se tratara.

Llegamos a buena hora hasta el refugio y como ya os he explicado, esto significaba la superación de una etapa más en nuestro periplo. Pero, os

recuerdo que todo formaba parte de una apuesta, y cuanto más arriesgada es ésta, más escurridiza se torna la suerte de conseguir el objetivo. Como era de esperar, el refugio estaba repleto. ¡Y no habíamos hecho ninguna reserva....!

Una vez registrados y entregada la tarjeta FEDME se nos dijo que, tras servirse la cena en el comedor, buscáramos entre las mesas un lugar donde dormir.

Ni siquiera nos alcanzaba para cenar de menú, y caliente, aunque no era eso lo que más importó. Además, habíamos hecho un amigo. Se llamaba Luis, era de Madrid y volvía por segunda vez al refugio ya que durante la semana había estado con sus compañeros y en el intento al pico habían sufrido algún percance, por el que fueron rescatados en helicóptero. Él, no se conformaba y por eso, en solitario, estaba de nuevo allí a la expectativa. La conversación se hizo cada vez más amena y así, mientras cenábamos algo sacado de nuestras mochilas y mientras oteábamos el comedor buscando un lugar donde dormir, decidimos admitirlo en nuestra cordada del día siguiente.

Ya éramos cuatro, y los cuatro permanecimos por unas horas acurrucados sobre las colchonetas de neopreno en la dura tarima del refugio de Goûter. Firki, con su habitual desparpajo, se aposentó sobre unas mesas, justo encima de mí. Ya durante la noche, comencé a sentir cómo se apretujaban los vecinos toda vez que una rodilla se hincaba en mis riñones. Pero no era esto lo peor, un tremendo dolor de cabeza, debido a la altura, martilleaba y martirizaba este simulacro de descanso, que de ninguna manera llegó a serlo. Molesté a mi querido Firki pidiéndole por favor una aspirina en mitad de la oscuridad. Aquellos 3.800 metros de altura del refugio me estaban noqueando antes incluso de despertar el día. Si todas estas circunstancias negativas parecían pocas, el tiempo afuera iba de mal en peor. Fuertes rachas de viento soplaban muy sonoras incluso desde dentro del refugio. Algún valiente que se había atrevido a salir, regresaba, os lo juro, de rodillas, mientras en perfecto castellano se lamentaba horrorizado del viento que le zarandeaba y arrastraba por la nieve.

Los horarios habituales, con salida hacia la cumbre a las dos de la mañana, aquella madrugada, al menos, no se podrían cumplir.



Comedor dormitorio del refugio.

La suerte está echada y jugaremos nuestras bazas una vez más

Una vez disipada la pantomima de intento por dormir, permanecíamos atentos a la evolución de la mañana hasta que por fin, pasadas las siete, los grupos empezaron a salir.

El viento se había calmado y, ya sin usar luz artificial, procedimos a calzar nuestros crampones y a encordarnos, siguiendo las pautas que rigen por estos lares y que corresponden, ni más ni menos, a las de un terreno glaciario donde, ante la amenaza de grietas finamente tapadas a modo de trampa, resulta obligado ir atados.

Comenzada la marcha, al levantar la cabeza observé una inusual fila de cordadas que atacaban la pendiente al derecho. No dudé en apartarme

de aquellas huellas, para mí suicidas, y tracé los zigzag que desde siempre me habían enseñado a trazar durante el ascenso.

Hacía frío y por eso recuerdo una nieve durilla, pero segura una vez que las puntas de los crampones se clavaban en ella. Sólo había que estar atento a no tropezar ni pisar la cuerda.

Estábamos ascendiendo y conforme ganábamos altura, ¡maldición!, una densa niebla se instalaba y lo envolvía todo. Esto traía como consecuencia una caída en picado del termómetro y por eso, al llegar al refugio vivac de Vallot (4.362 m) decidimos meternos dentro y esperar, rezando si hiciera falta, ya que los volúmenes y el terreno desaparecían con la bruma y no se podía reconocer nada del itinerario. Esta pausa la aprovechamos, además de para comer algo, para replantear la estrategia. Decidimos que si tras el paréntesis de la cabaña el panorama no se despejaba renunciaríamos a la ascensión.

Creo que dentro de esta estructura metálica de Vallot hacía, en poco tiempo de estar parados, más frío que en el exterior. No suponíamos que, tras salir de sus oscuras entrañas, íbamos a encontrar el brillo del sol iluminando las huellas que ya se aupaban en dirección a la larguísima arista somital de Les Bosses.

Se había cumplido la condición requerida y sin dudar enfilamos el lomón que nos alzaría sobre la Grande Bosse, esta vez más directos y verticales en busca de su arista.

Sin embargo el día estaba cambiante y aquellos ratos de sol, fueron breves y sirvieron tan solo para encorajinar nuestro ataque que se vio, en cuestión de minutos, absorbido por espesas brumas cuando ya el camino era inequívoco hacia la cumbre. Una vez transitábamos el sendero de apenas un metro de ancho, suspendido sobre el vacío a ambos lados de la afiladísima arista, había que extremar la precaución sobre todo para cruzarse con las cordadas que volvían de la cima.

En cuanto pasamos, en medio de la niebla, a una zona más ancha y con algo de gente reunida comprendimos que habíamos llegado a la

cumbre. No se veía nada del típico y esplendoroso paisaje que rodea este gigante de 4.810 m.

Majestuoso, el Mont Blanc se yergue sobre todo el conjunto de cuatromiles de los macizos que lo circundan en centenares de kilómetros. Emocionados, celebrábamos no una conquista más; en verdad era un final feliz después de muchas horas de viajes y de nuevas experiencias en terrenos desconocidos y atrayentes toda vez que ante la incertidumbre solo cabía seguir el sentido común y por fin derrochar la alegría de alcanzar una cumbre excepcional compartida entre amigos.

Le pedimos a alguien que nos hiciera la foto de cima en la que se adivina lo bajísimo de la temperatura al mediodía de este 14 de agosto de 1989. Digo esto porque todavía me parece contemplar a nuestro compañero más novato, «Firki», con el bigote y la barba helados, pero no más que los iba a tener en 1994, cuando conquistó la cima del Nanga Parbat (Himalaya), primer ocho mil de nuestro club, y único también en la trayectoria de este amigo entrañable que además con el pasar de los años se haría guía profesional y que aún ahora sigue en la profesión, en Benasque.



En la cima del Mont Blanc.

Tocar cima es media victoria. Aún queda el regreso para saborear lo vivido

Una gran alegría inundaba a este grupito de aventureros. Tampoco se atisbaba la más mínima duda en cuanto a la bajada, que fue, una vez alejados de los peligros de la arista, reposada, tranquila, haciendo fotos de iglús que habían servido a alguien para vivaquear y que además, podíamos hacer ya que la niebla se había quedado agarrada a la cumbre, en la zona más alta.

De nuevo infinidad de huellas hacían el camino muy evidente y la felicidad que embargaba el ánimo, tan exaltado él, impedía que miráramos el reloj, en el que inexorablemente caían las horas.

Ya en el descenso del refugio Goûter a Pili Noguero le entró un inesperado tembleque pues destrepábamos con el vacío a nuestros pies y, a pesar de los cables, si sentías el más mínimo vértigo, la faena se las traía.

Firki y yo, fieles guardianes a la vez que acompañantes de nuestra querida Pili, con paciencia y despreocupación supimos ayudarla a descender, y además lo hubiéramos hecho, aunque hubiera sido en la sillita de la reina en caso de necesidad.

Ya bien entrada la tarde, cuando llegamos al apeadero del tranvía y, lógicamente, lo encontramos vacío y cerrado, pensamos tan tranquilos: ¡No Problem!, continuaremos andando junto a las vías y como ya imaginábamos, más tarde, también el teleférico estaba cerrado cuando llegamos a él. Suerte que un perfecto sendero de bajada zigzagueaba entre el bosque y por él con calma y, en mi caso con la cabeza a punto de estallar en fortísimos dolores causados por el cambio de presión, fuimos descendiendo poco a poco hasta el fondo del valle. Había que cruzar la meta al llegar a Chamonix ya con las últimas luces de la tarde.

Este descenso espectacular, de un total de tres mil ochocientos metros de desnivel, nos había trasladado desde la cima del Mont Blanc hasta la ciudad sobre la que preside, Chamonix, y desde la que se le señala con el dedo de los pioneros en la estatua de la plaza mayor.

Comentando este relato con Pili, hace unos días, ella no lo recordaba, pero yo estoy seguro que, eufóricos y entusiasmados, salimos del camping a celebrar nuestra conquista en un restaurante sin importar mucho el precio.

A la mañana siguiente, último día de nuestro trayecto mini-vacacional, emprendimos el viaje de regreso apurando, nada más salir de Chamonix, para hacer una paradita y unas compras de recuerdos. Firki se compró unas gafas enormes de pasta color rosa con las que bromeó todo el viaje y a las que ya en Barbastro colocó cristales graduados llevándolas durante unos años.

También yo me animé y adquirí unos pantalones de montaña, que en nuestro país todavía no se conocían mucho, ya que para la montaña aún se empleaban los viejos pantalones bávaros, y como además estábamos en plenas rebajas de verano su precio era más que asequible aunque, como en agosto sólo quedan restos, ya tan sólo me quedaron unos de mi talla, y de color rosa, con unos refuerzos en tela de flores multicolores. Me ocurría igual que a Firki con su compra; eran ambas de un color muy sugerente, creo, para colectivos adoradores del amor, «a contracorriente», si se me permite la broma.

No quisiera cansar con más anécdotas del viaje de vuelta, que las hubo, como quedarnos sin gasolina y al salir de la autopista no encontrar gasolineras por la noche que no funcionaran sin tarjeta de crédito o alguna parada motivada por puro hambre para comprar manzanas en puestos ambulantes junto a la carretera y sentir que éstas, a pesar de tener buen aspecto, no sabían a nada que se pudiera calificar como dulce.

Al final de esta historia, un poco rocambolesca, si me permitís, me pongo serio para citar, como hice al principio, al impulsor espiritual de

nuestro viaje, Carlos Vives, amigo de la infancia en las aulas de los Escolapios, y también fue uno más, y de lo más especial, entre los amigos que tuve en el ambiente del club MAB en aquellos años, compartiendo por ejemplo la docencia en los cursos de esquí de montaña.

Pero en Abril de 1993 nos dejó haciendo lo que más le gustaba, practicar montañismo del bueno, preparando siempre objetivos de conquistar montañas en macizos de países lejanos. Una avalancha se lo llevó junto a otro compañero, Vicente Pérez. Compartíamos los tres, además, un puesto en la junta directiva de nuestro club, Montañeros de Aragón, recién iniciada la andadura, en 1992, que capitanea todavía, y ojalá por muchos años, el bueno de José Masgrau.

Bueno, amigos, ya me quedan pocas aventuras grandes que contar, sobre todo si no consigo documento gráfico que las acompañe. Tampoco sé si estas historias basadas en hechos reales os sabrán bien, pero lo que sí os digo es que a mí me hacen rejuvenecer y volver a sentir momentos de éxtasis vividos en la montaña pero que descansan bien guardados en la memoria y en el corazón y de los que siento un irrefrenable deseo por compartir con todos vosotros.



Descenso de cima junto a un iglú.



Descenso de Gouter, acompañado y ayudando a Pili.

Con esquís entre cuatromiles de los Alpes

Un Renault 12 hasta los topes

Corría el mes de mayo de 1990. No hacía ni un año que había conquistado la cima del Mont-Blanc y se había roto el maleficio: ya no me inquietaba cruzar los Pirineos pues por autopista se va rápido y cómodo, aunque sin que sirva como precedente, ¡te pueden detener! Por eso siempre hay que cuidar el aspecto. Ocurrió que nuestro primer viaje a los Alpes lo hicimos en el viejo coche de mi amigo Joaquín, junto con Manolo. Queríamos probar la nieve alpina con los esquís de montaña. Los tres, buenos amigos, compañeros de aventuras en cursos de iniciación al esquí de montaña, habíamos cargado aquel Renault 12 color amarillo chillón hasta los topes. Varias bolsas de viaje iban atadas sobre el portaesquís, repleto de tablas y bastones, en la baca.

No éramos conscientes de la imagen que transmitíamos pero lo cierto es que al salir de un peaje de la autopista un gendarme nos dio la señal de parar el vehículo.

Bajamos y tras la identificación se nos ordenó abrir el maletero y sacar todo el equipaje para depositarlo en el suelo. Acto seguido un perro antidroga husmeó una y otra vez no solo el equipaje, también el interior del coche. Nada, estaba claro que no encontraba nada. Los asientos quedaron llenos de pelos que aquel pastor alemán, quizá drogado y con síndrome de abstinencia, perdía por todos los rincones que olisqueaba.

Pasaban los minutos, me empecé a enfadar y para colmo, el gendarme entre sonrisas e insinuando complicidad trató de sonsacarnos si llevábamos algo, no sé, creo que de hachís.

Avancé con gesto serio y voz grave, muy grave, le respondí: «Nous sommes sportistes, monsieur. Nous ne sommes pas vicieux» (Somos deportistas, señor. No somos viciosos). El gendarme se apartó enfurruñado y dándonos paso permitió que siguiéramos por la autopista.

Mis compañeros bromeaban después por el desplante que le había hecho al policía, rozando el desacato y así, entre risas, aquel Renault 12 nos transportó hasta Täsch, en Suiza.



Parking en Täsch (Suiza), 1990.

Sin duda vais a sufrir

Mayo de 1990. Estábamos en el cantón del Valais. Tuvimos que dejar el coche en Täsch ya que para llegar a Zermatt, nuestro destino y ciudad sin coches, hay que coger un tren. Al fin íbamos a comenzar nuestra aventura.

En la estación del teleférico Klein Matterhorn, otra anécdota me hizo sentir una premonición sobre nuestro devenir aventurero.

Mientras mis compañeros sacaban los tickets de subida observé cómo un esquiador muy anciano y extremadamente delgado se acercaba a nuestras enormes mochilas. Tomó una elevándola con sus brazos para sopesar su carga. Tras dejarla de nuevo apoyada en la pared movió

varias veces la cabeza en señal de negación insinuando: «¿A dónde vais con tanto peso?, sin duda vais a sufrir».

No pude por menos que imaginar la cantidad de ascensiones y vicisitudes que atesoraba este anciano en su dilatada vida montañera. Pensé: «Si él lo dice... Pero, es que no sabemos si los refugios estarán abiertos o no. Es verdad, somos novatos aunque, eso sí, precavidos. Por eso llevamos de todo».

En pocos minutos estábamos subiendo en una inmensa cabina hasta los 3.883 metros. Admirábamos y tomábamos alguna foto del paisaje alpino, cada vez más blanco y agreste, presidido por la mole piramidal del Cervino.

Mi recuerdo de este vuelo de águila es que me sentí muy mareado al salir de la cabina.

Sólo al comenzar la progresión con los esquís empecé a notarme mejor, llaneando por aquel plateau y con nuestra primera cima, el Breithorn, enfrente.

Había mucha gente que subía y bajaba de este pico. Por nuestra parte, quisimos trazar una huella habitual, en zigzag, evitando las filas, algunas subiendo derechas por la pendiente.

La verdad es que esta cima no tuvo, en mi opinión, ningún valor. De sus 4.159 metros apenas habíamos ascendido trescientos metros. Demasiado fácil para recordarla.

Lo mejor era bajar esquiando y abandonar la muchedumbre por una interminable media ladera que poco a poco llaneaba y nos conducía al refugio vivac «Cesare e Giorgio» (4.075 m).

Era una acogedora cabañita de madera con tan solo dos literas de tres alturas a ambos lados de su pequeño pasillo central. Fuimos los primeros en ocuparla y en disfrutar tumbados sobre las mantas que vestían las literas. La primera noche estaba solucionada y con esta confianza sacábamos de las mochilas infiernillos y comida y nos

disponíamos a preparar la cena. ¡Qué bien se estaba en este pequeño refugio vivac! Antes de oscurecer ya nos habíamos metido en el saco de dormir y creo recordar que más tarde llegaron otros montañeros y se llenó el refugio.

Como suele ocurrir casi siempre, en esta primera noche el cambio de presión, la emoción, que no el cansancio, me impidieron conciliar el sueño.



Pedro Solana junto a la cabaña «Cesare e Giorgio». A su espalda, el Pollux y más atrás, el Castor.

La niebla es un enemigo temible en la montaña

A la mañana siguiente salimos más tarde que nuestros compañeros de habitación y continuamos la media ladera descendiendo hasta recorrer con los esquís un falso llano que nos situaría en la base del Pollux

(4.099 m). No se veía una cima muy esbelta, aunque impresionaba por la fría sombra con que se nos mostraba.

Era temprano, la nieve estaba muy dura y la pendiente era respetable. ¡No cabían dudas!, dejamos clavados los esquís al pie de la ladera y ascendimos provistos de crampones y piolet. La marcha, asegurando bien cada paso, iba a ser lenta, casi tanto como lo sería el descenso, buscando con actitud prudente la seguridad ante algún inesperado traspiés.

Esta vez sí me sentí conforme con hollar un bonito cuatromil. Desde la cima, en medio de una espectacular panorámica, observábamos al casi gemelo Castor, (4.221 m), al que nos queríamos dirigir una vez nos hubimos situado en el collado que une Pollux y Castor, el paso di Verra.

El Castor era un poco más alto y había que ascender por otra ladera también muy inclinada pero con nieve ya un poco más blanda, lo que nos permitía enlazar hiladas en zigzag que conforme la pendiente se fue haciendo más pronunciada aconsejó poner los esquís en la mochila (aún más peso) y continuar la ascensión que era tremendamente lenta.

Poco a poco se presentaron inesperadas brumas que mezclaban su fondo blanco con el manto nivoso. Esta circunstancia me hacía sentir un poco nervioso. La niebla siempre es un enemigo temible en la montaña.

Al pie de la cima encontramos un último obstáculo: un muro de nieve dura casi vertical sobre una repisa. En aquel momento quizá no nos situábamos en el exacto lugar en que nos encontrábamos. Era una rimaya tapada por la nieve del invierno y que en su parte superior, altiva y desafiante, nos obligaba a trepar con crampones y piolet para superar, eso sí, exultantes ante la proximidad de la cima, aquel muro de unos tres metros y pico.

La juventud y una actualizada técnica de progresión en hielo nos empujó a hacer este último esfuerzo.

La cima se presentaba ahora sin tanta panorámica ya que densas nubes tapaban a ratos tanto el sol como el quebrado horizonte de altas cumbres que nos envolvían por todos lados.

Descendíamos a pie la arista cimera buscando calzarnos los esquís para llegar al siguiente refugio. La lenta ascensión retrasó lo que sería un horario prudente y la tarde se había instalado de pleno. Al no conocer el terreno, descendíamos según se evidenciaban las laderas. Debíamos parar cada vez que la niebla impedía vislumbrar un itinerario lógico.



Cervino desde el teleférico Klein Matterhorn.

¡Estamos salvados!

Al final mis temores se cumplieron. Una niebla gris muy oscura nos envolvió por completo y no nos atrevíamos a progresar temiendo cualquier desnivel imperceptible.

Los tres compañeros comenzamos a debatir nuestro plan de bajada. Dos de nosotros, Joaquín y yo mismo, insistíamos en poco a poco perder altura pues era seguro que aún estábamos a cuatro mil metros. Manolo, mientras, intentaba convencernos de que ante el riesgo de perdernos y que anoheciera, la mejor solución era construir un vivac en la nieve.

Esta solución nos era familiar, la practicábamos cada invierno en los cursos de iniciación al esquí de montaña, pero precisamente por eso sabíamos de su dureza.

Me daba cuenta de que la premonición sentida el primer día con el anciano montañero se estaba cumpliendo aunque, por fortuna, podía contestar otra vez que disponíamos de todo el material necesario para salir del aprieto de un vivac en altura.

Este primer debate se zanjó cuando sacamos las palas de aluminio y comenzamos a cavar a la vez que elevábamos los muros de nuestro refugio con bloques de nieve. Concluimos la techumbre del vivac entrelazando los esquís y bastones con los correajes de las fijaciones. Un par de capelinas de lluvia cubrieron esta tela de araña y luego ya no quedaba más que echar nieve encima.

Al menos, veíamos que teníamos dónde cobijarnos y la verdad es que no tardamos en meternos dentro ya que en el momento en que acababas de moverte el bajón tremendo de temperatura por la niebla te hacía sentir un frío glacial.

Sin duda yo , al menos, sufría de angustia ya que me coloqué dentro del saco de dormir con las botas de esquí puestas, los pies helados y deseando entrar en calor con el saco de plumas. No fue así ya que, a

pesar de estar acurrucados en tan poco espacio y sintiendo el techo de la construcción muy cercano a nuestros rostros, en toda la noche pudimos sentir el más mínimo confort y, en mi caso al menos, volví a permanecer en vela aunque el cansancio me hacía dormitar de forma intermitente.

Dentro del saco, excepto en los pies, que casi no sentía, sí que notaba el suficiente calor como para poder decir: ¡Estamos salvados!



En la foto, Pedro Solana.

Ropa tendida al sol

La noche fue muy larga. Consultábamos el reloj. No queríamos salir de nuestro nido hasta que luciera el sol, pero ocurría que la falta de espacio y su consecuente claustrofobia e inmovilidad hacían mella en nuestra espalda y ya notábamos contracturas dolorosas después de tantas horas tumbados sobre un suelo de nieve dura del que estábamos separados por la colchoneta aislante de neopreno.

Llegado un momento, los tres a la vez, ansiosos por ver la luz del día, empujamos de nuestro techo hacia arriba y salimos como pudimos.

Hacía un frío intensísimo, como el azul de aquel cielo a cuatro mil metros.

Entonces se produjo, no sé si fruto del destino, un redentor encuentro. Apareció un esquiador de montaña que había observado nuestras maniobras de salida del «sepulcro» y se acercó rápido. No podíamos entendernos en ningún idioma aunque su rostro admirado, compasivo y resuelto, se clavó en su mochila recién abierta en busca de un pequeño gran detalle de solidaridad. Sí, amigos, este enviado de nuestro destino abrió un hermoso termo y nos ofreció té con leche caliente a cada uno de nosotros tres.

Reaccionamos al instante, mostramos nuestro agradecimiento al compañero y recogimos el material calzándonos los esquís para continuar el descenso por suaves y fáciles laderas hasta que de sopetón, apenas habíamos esquiado diez minutos, apareció el refugio italiano Quintino Sella.

Este hallazgo y su sorpresa me hicieron sentir aún más impotencia. ¡Qué cerca estaba...! Ya no cabía ningún debate, sería esta una jornada de relax para recuperar. El refugio estaba cerrado, pero encontramos una cabaña como refugio libre, equipada incluso con hornillo de gas para calentar comida y fundir nieve. Además había despensa con comida que había sobrado a otros. Recuerdo que abrimos unas

pequeñas latas de carne, creo que de buey, y las acompañamos del pan y otros víveres que la noche anterior no habíamos podido probar. Tendimos toda la ropa y los sacos al sol y nos dispusimos al descanso durante toda la jornada acurrucados bajo multitud de mantas.

En la siguiente etapa llegamos a otro refugio italiano, el Gnefetti, no sin antes superar el famoso, por lo difícil, paso del Naso, del que ya estábamos prevenidos, y por el que, debido a la adelantada primavera que fundía la nieve, sorteamos oscuras y siniestras grietas con los crampones.

Otro detalle curioso del refugio libre fue un cartelito pegado en la pared, justo encima de una especie de hucha, sugiriendo contribuir con la voluntad para mantener el combustible y el equipamiento del refugio. Está claro que contribuimos.

Parece mentira, pero una a una se fueron sorteando todas las dificultades de esta travesía y así lo celebrábamos, muy contentos durante la cena en este increíble refugio. Pudimos degustar espaguetis italianos y dormir a pierna suelta en una recoleta habitación donde el sueño pendiente, por fin, se volvía reparador.



Ropa tendida en la jornada de descanso en el refugio italiano Quintino Sella.

Los rivales del Mont Blanc

La penúltima jornada comenzó tranquila con un sosegado ascenso al Plateau de Monte Rosa, siguiendo huellas recientes de unos montañeros que aquí destacan por su cualidad de madrugadores. Al entrar a este llano glaciar impresionaba su amplitud y el hecho de estar circundado por muchas cimas que, aunque no muy esbeltas, todas superaban los cuatro mil metros. Incluso alguna albergaba el refugio más alto de los Alpes, la cabaña Margherita.

Este macizo rivaliza con el del Mont Blanc en acumulación de cumbres importantes y esta travesía que estábamos haciendo era una clásica del esquí de montaña como lo son la Chamonix-Zermatt o la Silvretta, esta última en los Alpes austriacos.

Atravesando el plateau nos situamos en el collado de Lis. Enfrente, a nuestros pies, discurría el glaciar de Monte Rosa pero, girando a nuestra izquierda, se erguía el imponente Liskamm, nuestro último objetivo.

Muy emocionados, procedimos a atarnos en cordada para atacar un primer lomón que dejó frente a nosotros, sorprendente, la afilada arista que ascendía hasta la cima. Colgada entre abismos, además de producirnos escalofríos debido a lo tardío de nuestro horario y a la nieve demasiado blanda, supuso un último pero breve debate que se zanjó con la renuncia a arriesgar otra vez en esta accidentada travesía, sobre todo por las aventuras o, no sé si, desventuras vividas.

Ya solo quedaba descender esquiando aquel interminable glaciar todo cubierto de buena nieve así como de clarificadoras huellas que por lo fácil del itinerario desviaban nuestras miradas hacia un paisaje repleto de seracs, algunos colgados en cascada, como las de la cara norte del Liskamm.

Nuestro reposado descenso, en cuña a veces, estaba interrumpido siempre que el paisaje obligaba a sacar alguna foto de los resquebrajados recovecos que se nos presentaban por todos lados.

Por fin llegamos al último de los refugios que íbamos a visitar: la Cabaña de Monte Rosa (2.700 m). Estábamos otra vez en Suiza y así lo percibimos por el orgulloso ondear de la bandera en su mástil aunque, por lo menos a mí, inevitablemente, siempre me sugiere la idea de la Cruz Roja.

El refugio estaba comandado por dos chicas que se mostraron simpáticas con nosotros por el mero hecho de ser españoles. Reían mientras bailaban flamenco confesando que les encantaba Andalucía, su luz y su alegría. Sí, sí, pero... a toda la «troupe» que ocupábamos el refugio nos aposentaron, casi con hacinamiento, en una única habitación a la hora de dormir, cosa que resultó imposible a quienes no soportamos la sinfonía de ronquidos de aquella noche. Sin duda, al día siguiente la tarea de limpieza de habitaciones iba a ser liviana para las inefables guardianas.

Recuerdo que, al final de la tarde, antes de la cena, me había llamado mucho la atención observar a un grupo de recién llegados entre los que se encontraba uno que se descalzó nada más sentarse en un banco de la terraza y que mostraba una pierna ortopédica ante los ojos atónitos de quienes pensábamos y pensamos que este es otro mundo en lo que a aventuras y aventureros se refiere.

Almas montaÑeras de cuna pirenaica

La última jornada consistió en un descenso hecho a pie y con cuidado, por lo roto y helado del tramo final del glaciar, del que salimos por un sendero muy marcado en ascenso por la inmensa morrena lateral y cuyo final nos situaba en un apeadero del tren cremallera que surca toda la media montaña alrededor de Zermatt.

Tras una paciente y emocionada espera nos subimos a este tranvía turístico y terminamos el descenso alucinados y contentos por estos días que habían sido un verdadero regalo para nuestras almas montañeras de cuna pirenaica.

Todos estos últimos años en los cursos de iniciación al esquí de montaña, aprovechaba para recordar a los alumnos la importancia de saber hacer iglús y abrigos de fortuna, pues siempre pueden sacarnos de algún aprieto como el que vivimos nosotros en las faldas del Castor y que relataba a los atentos alumnos mientras cavábamos el vivac.

Durante dos años consecutivos después, los tres buenos amigos de esta aventura pudimos disfrutar de travesías, exitosas como la travesía Chamonix-Zermatt en el 91, y después otra frustrada a causa del mal tiempo en el macizo de los Ecrins.

Siempre he defendido en conversaciones con amigos sobre los Alpes que si alguna otra vez fuera, siempre sería para practicar esquí pero de montaña. Para el esquí de pista sobra con las instalaciones pirenaicas.

Con el feliz desenlace de estas jornadas para noveles en las montañas alpinas también opino que supimos demostrar un fondo de conocimientos que cada esquiador de montaña de nuestros amados Pirineos atesora tras años de experiencia.

Fue un cambio brutal por las dimensiones de estos picos, pero que nos enganchó ya que repetimos en otras ocasiones.



Collado de Lys. Al fondo, el Liskamm.



Intento de ascenso al Liskamm.

¡Pobre Monte Perdido...!

Querido Monte Perdido:

No te vas de mi mente. Casi todos los días te veo, como mis paisanos oscenses, desde el sur. Para nosotros, no eres «el perdido» ya que te apreciamos siempre, lejano, señorial, majestuoso. En la leyenda eres la mayor de tres hermanas, la más esbelta de tres princesas, sentada en el centro. Por algo eres tan altiva, sin duda, la heredera. Entonces, ¿por qué te llaman Monte Perdido?

Así te bautizaron los galos que primero hollaron tu cumbre. Ellos anhelaban llegar hasta ti pues sabían que estabas... ¡Sí!, pero muy lejos, muy alto, invisible a las profundidades francesas de Gavarnie.

Hoy dudo si te he visto o te he soñado. ¡Horrenda pesadilla...! Aparecías en el televisor como una postal más del circo mediático. Estabas desnudo por el norte, sin nieve. Imagen impúdica, fruto virtual de un ordenador. Algunos apuestan por imaginar lo que seguro ocurrirá de aquí a treinta años. ¡Más valdría que nos pusiéramos todos a pedalear hacia nuestros quehaceres cada mañana sin arrancar tantos motores y sin ensuciar el aire que derrite tu glaciar!

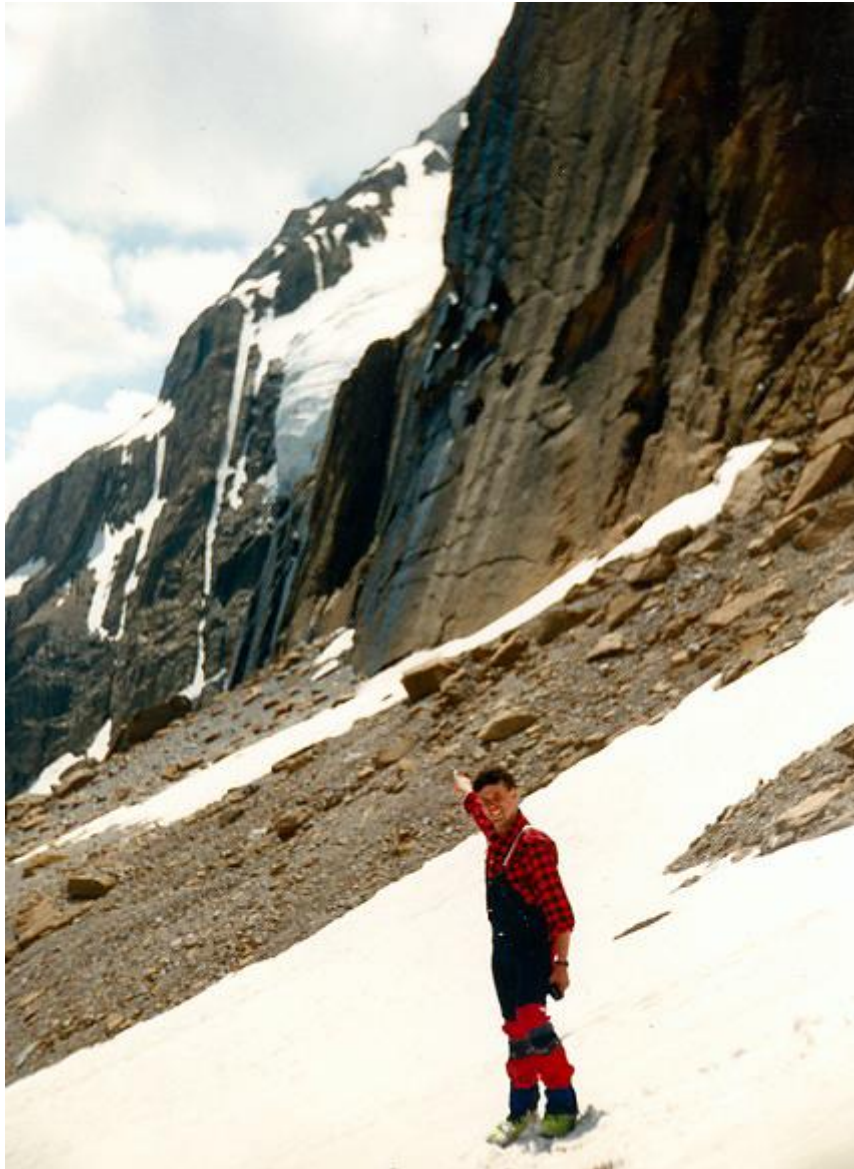
Desaparecida tu silueta de la pantalla, angustiado, he corrido en busca del viejo álbum de fotos. No te encontraba, pero, ¡sí! ¡Ahí estás! Son imágenes captadas en julio del año 1990. Nosotros, jóvenes aventureros, no sospechábamos un triste y cercano final para esas pendientes de nieve dura, corredores repletos que nos aupaban al hielo de tu escalón glaciar. ¡Qué cascada de seracs...! En nuestro pensamiento, siempre te habíamos emplazado junto a los perpetuos hielos de los Alpes o del Himalaya, orgullosos de poseerte.

En menos de quince instantáneas, realizadas entre sonrisas, he podido recordar la emoción y alegría de unos amigos montañeros que, aún antes de despertarse el día, nos habíamos encaramado a tu vertiente norte. Nuestra impetuosa arrogancia se diluía perfecta en una infusión de reflejos y esplendor, en aquellas protuberancias azuladas, frías, impenetrables, que pendían agrietadas e inestables desde una pared, como de una fachada donde luce el último blasón cuaternario,

queriendo recordarnos el origen de nuestros ibones y valles, cincelados en la lejana y postrera glaciación. La que nos gustaría poder imaginar desde tu realidad perenne.

¡Desdichados...! ¿Qué más cosas habremos de ver para convencernos y actuar...?

Un montañero incrédulo.



Descenso, señalando el corredor (Julio 1990).

El efecto comunicador de Diego Ballesteros

Diego Ballesteros ha sido toda su vida un deportista multidisciplinar. Ha practicado mucho fútbol, tenis, natación, medias maratones y, desde hace unos años, se acercó al mundo de la montaña al principio en la escalada y después de la mano de los cursos provinciales de iniciación al esquí de montaña. Tras unas buenas experiencias vividas entre amigos no dudó en involucrarse en tareas de promoción colaborando con sus filmaciones en cursos y salidas promocionales cada vez más ligado a esta singular faceta del esquí de travesía.

Por desgracia, tuvo que dejarlo a causa de una infortunada lesión producida mientras descendía grabando durante una excursión promocional de su club, Montañeros de Aragón de Barbastro. Fue una grave rotura de ligamentos que para algunas de estas actividades resulta incapacitante. Ballesteros no se resignó y en el 2005, apenas acabada la rehabilitación, disfrutó de un Camino de Santiago pedaleando por la Costa Cantábrica donde comprobó que la rodilla le funcionaba. Justo después se fue a un trekking por el Himalaya indio y allí se le incendió la cabeza. Fue una chispa en forma de pregunta: «¿Por qué no ir desde España a recorrer estas Highways del Himalaya en bicicleta...?».

Al año siguiente, en 2009, junto con sus compañeros del equipo Coanfi logró una estupenda clasificación en la Titan Desert celebrada en el desierto del Sáhara. Fue el año pasado, en 2010, durante su participación junto con sus compañeros del Coanfi en la Race Across América, en Estados Unidos, cuando sufrió un terrible accidente por el que estuvo rehabilitándose en Barcelona. Tras siete meses fue dado de alta, aunque con el hándicap de permanecer de por vida obligado a moverse en silla de ruedas a causa de las lesiones medulares sufridas tras el atropello durante la carrera por relevos considerada entre las más duras del mundo.

En apenas unos días tras recibir el alta médica, Diego ya ha sido noticia tanto por la presentación del libro «12822, de Zaragoza a Pekín en bicicleta», como por la concesión del premio de la asociación de la Prensa Deportiva.

Amigos, los montañeros somos verdaderos conquistadores. A los ojos de los demás, a veces conquistamos cosas inútiles pero, a los que esto piensen les diría lo siguiente:

Todos y cada uno de los que hacemos deporte en la naturaleza amamos y luchamos por defender nuestro escenario, nuestros territorios y montañas. Mientras escalamos, esquiamos, pedaleamos... estamos cultivando la esencia de los deportes de equipo, la solidaridad con unos compañeros de quienes dependemos al colgarnos de una pared. Vivimos la satisfacción de acceder a una cima y de su regreso al valle en cada reto propuesto una semana sí y otra también.

Nuestros retos, más concretamente, el reto que se propuso Diego, parecen imposibles, más aún saliendo de una grave lesión. Plantearlos en tan poco tiempo, tres meses y tres semanas, en solitario y por países a priori peligrosos, desiertos incluidos. ¿Se asemeja esto a una ascensión ochomilista?

Muchos esquiadores de montaña hemos sufrido la ausencia de nieve propiciada por el rigor de un cambio climático incontestable. La bicicleta de montaña ha supuesto para muchos de nosotros un reciclaje que nos permite mantener viva una llama que alimenta las ansias de aventura, de sufrir subiendo y disfrutar bajando caminos o senderos más o menos empinados. La cuestión es mantenerse en forma y disfrutar del territorio. Plantearse ir de Zaragoza a Pekín, con sus 12822 kilómetros, se podría comparar a un Everest en solitario y sin oxígeno. Un reto, único, total.

¡Qué le vamos a hacer!, la montaña es, en relación al mundo del deporte, una «Cenicienta» a la que cada montañero se acerca con su zapato de cristal para fundirse con ella en el sueño de ese cuento interminable vivido igual por unos niños que asisten a un curso de iniciación como por los veteranos senderistas de las andadas que llenan sus vidas con el final feliz de este cuento que tanto nos atrae.

Los valores humanos atribuidos al proyecto de Ballesteros lo son también para todos los que amen este deporte y quieran que su magnífica experiencia sea de alguna manera lanzada a su alrededor.

Ejemplos como el de Diego Ballesteros o el de cada uno de nosotros pueden ayudar a tantos muchachos y muchachas que no saben dar salida a su vigorosa juventud más allá de las zonas de bares.

Los montañeros debemos ser antes que nada solidarios. No caigamos nunca en la tentación de disfrutar nuestros sueños y aventuras desde un planteamiento exclusivamente personal. ¡Salgamos a la palestra para decirle al mundo que el montañismo es un reto hecho a la medida de cada uno! En Aragón las montañas forman parte de nosotros mismos. ¡Acerquémonos a ellas y acerquemos a los demás también con nuestro ejemplo y testimonio! Ese es el genuino efecto Ballesteros.



Pedro Solana (Barbastro, 1958) está ligado al mundo del montañismo desde 1974, año en el que entró a formar parte de Montañeros de Aragón Barbastro (MAB). En ese club ha estado durante 25 años organizando cursos de esquí en montaña y en estaciones. También ha organizado la actividad de senderismo infantil dentro del club. Ha representado a MAB en la Federación Aragonesa de Montaña como representante del comité de refugios y en el Patronato Municipal de Deportes de Barbastro. Su actividad montañera le ha sido reconocida con la Insignia de Oro del club en 2014. Amante de otros deportes como la bicicleta, es cofundador y portavoz de la plataforma Barbastro en Bici. Colabora en varios medios de comunicación como Ronda Somontano y El Cruzado Aragonés, así como en varias emisoras de radio para hablar de temas relacionados con el montañismo. Por sus artículos publicados en Ronda Somontano, y que se recogen en este volumen, recibió en 2011 un accésit de los galardones Félix de Azara que concede la DPH.

Experiencias de una vida en la montaña, la aventura y el deporte

Pedro Solana

Noviembre, 2015



Ronda Somontano

www.rondasomontano.com